



Rituales fúnebres de Bojayá: honrando la memoria de nuestros muertos





Rituales fúnebres de Bojayá: honrando la memoria de nuestros muertos

Comité por los Derechos de las Víctimas de Bojayá

© 2024, Comité por los Derechos de las Víctimas de Bojayá

Consejo Editorial	José de la cruz Valencia Pilar Riaño Alcalá
Investigación	Ramón Alexander Valencia Córdoba
Corrección de estilo	Valentina Santamaria Osorio
Ilustración	Astrid Damaris David Cuartas
Diagramación	Silvana Cano Campo
Con el apoyo de	Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes Unidad para la atención y reparación de las Víctimas

Todos los derechos reservados.
Sin autorización expresa de los titulares,
esta publicación no puede ser reproducida o difundida.

Rituales fúnebres de Bojayá: honrando la memoria de nuestros muertos





**Ministra de las Culturas,
las Artes y los Saberes**
Yannai Kadamani Fonrodona

**Viceministra de los Patrimonios,
las Memorias y la Gobernanza Cultural**
Saia Vergara Jaime

**Viceministro de las Artes y la Economía
Cultural y Creativa (e)**
Fabián Sánchez Molina

Directora de Patrimonio y Memoria
Mónica Orduña Monsalve

Dirección de Poblaciones
David Camilo Castiblanco

**Asesora Despacho / Líder equipo
paz y territorios**
Ginna Brigitte Jaimes Abril

**Unidad para la atención
y reparación de las Víctimas**
Gloria Cuartas

Representante legal Comité 2 de Mayo
Herling Perea Chalá

Escritor
Ramon Alexander Valencia Córdoba

Consejo Editorial e Investigación
José de la Cruz Valencia
Pilar Riaño Alcalá (The University
of British Columbia | Vancouver)

Corrección de estilo
Valentina Santamaria Osorio

Ilustración
Astrid Damaris
David Cuartas

Diagramación
Silvana Cano Campo

*Rituales fúnebres de Bojayá:
honrando la memoria de nuestros muertos.*

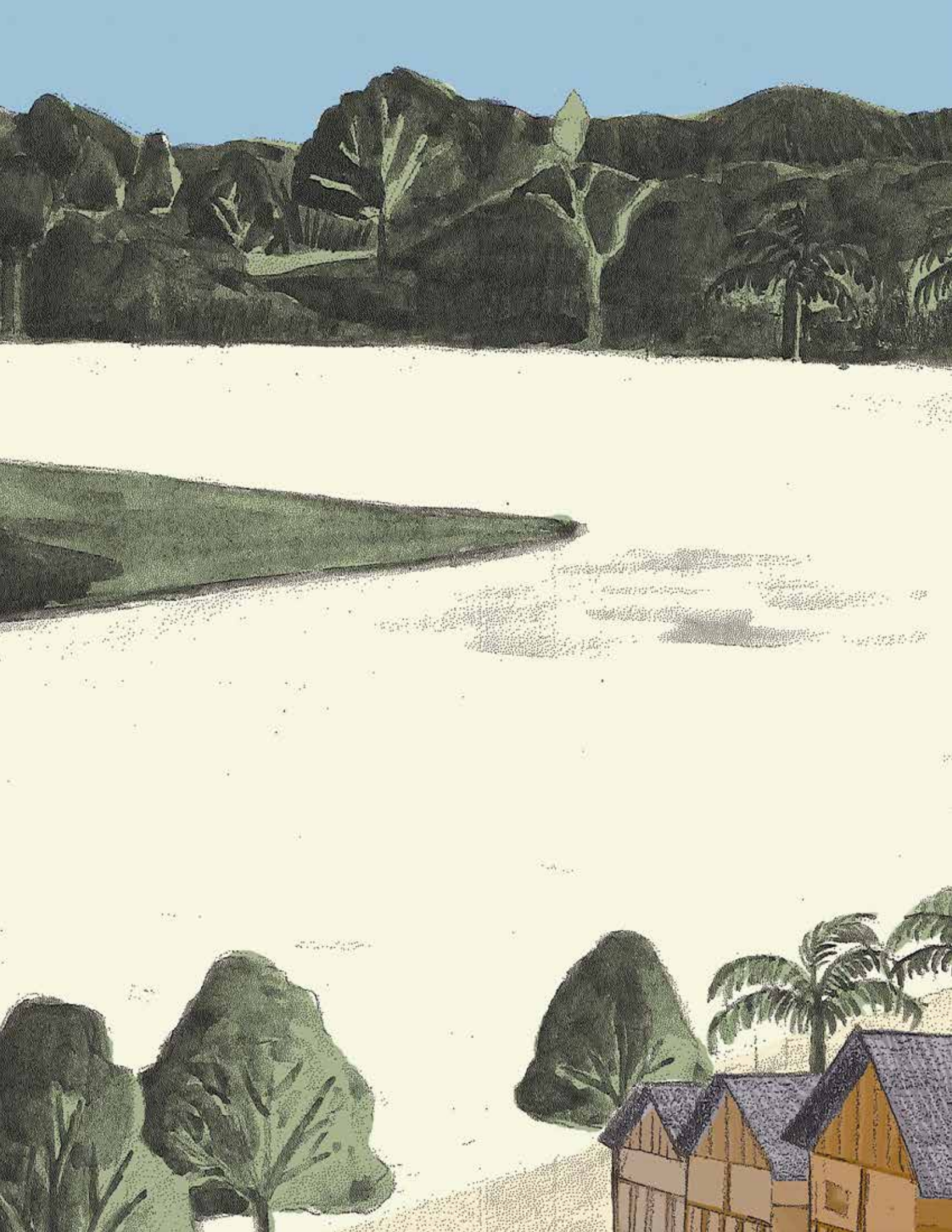
Comité por los Derechos de las
Víctimas de Bojayá

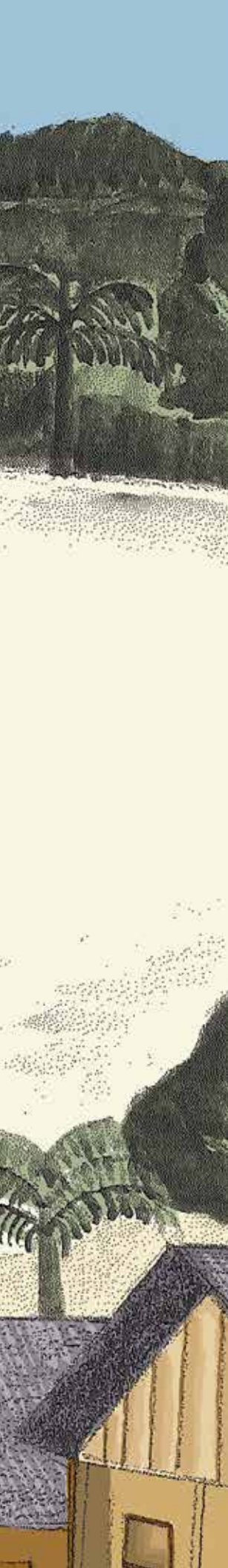
ISBN: 978-628-96547-0-7
Primera Edición
2025



Contenido

Agradecimientos	7
Introducción	8
Preparación y cuidados del cuerpo del fallecido, organización del espacio de velatorio y Juntas Pre Exequiales	
Capítulo uno	17
Alabaos y Gualíes: tradición oral afrodescendiente en los pueblos de Bojayá	
Capítulo dos	27
Los rezos	
Capítulo tres	39
Proceso de la construcción y levantamiento de tumbas	
Capítulo cuatro	53
La sepultura	
Capítulo cinco	59
Narrativas y credos	
Capítulo seis	65
Adaptación al Conflicto Armado en el pueblo Bojayaseño	
Capítulo siete	76
Conclusiones	84





Agradecimientos

La idea original de esta cartilla nació de José de la Cruz Valencia, cuya visión fue fundamental para dar inicio a este valioso proyecto. En el camino, contamos con el invaluable apoyo académico de Pilar Riaño Alcalá y del mismo José de la Cruz Valencia, quien no solo concibió la idea, sino que también contribuyó significativamente con sus sugerencias y minuciosa revisión. Ambos fueron pilares esenciales para dar forma y perfeccionar este trabajo.

Nuestro agradecimiento se extiende también a las instituciones que hicieron posible este esfuerzo: el Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes, así como la Unidad para las Víctimas, cuyo respaldo fue crucial para llevar a buen término este proyecto.

Expresamos nuestra más profunda gratitud a todas aquellas personas cuya dedicación y contribución han sido el reflejo de un compromiso inquebrantable con la preservación y difusión de la rica cultura y memoria de Bojayá y las comunidades aledañas del Chocó.

Un reconocimiento especial merece el Encuentro de alabaos, gualíes y levantamientos de tumbas de Andagoya. Su generosidad al compartir sus ancestrales tradiciones ha enriquecido enormemente este trabajo, aportando conocimientos invaluable que dan vida a estas páginas.

Las voces de las cantaoras de Puerto Conto y Pogue resuenan con fuerza en este proyecto. Su arte y expresiones han sido fundamentales para capturar y transmitir la esencia de los rituales fúnebres, contribuyendo de manera significativa a la preservación y difusión de la riqueza cultural de la región.

Abrimos un capítulo de agradecimiento especial para los sabedores de Bojayá, guardianes incansables de la sabiduría ancestral. Su disposición para compartir sus conocimientos nos ha permitido sumergirnos en la profundidad de sus tradiciones milenarias, un gesto de generosidad que valoramos profundamente.

Este proyecto no sería posible sin el esfuerzo constante y dedicado de hombres y mujeres comprometidos con la preservación de su legado cultural. Son ellos quienes, día a día, mantienen vivas estas tradiciones, asegurando que las futuras generaciones puedan conocer y apreciar la riqueza de su herencia.

A todos ustedes, nuestro más sincero agradecimiento. Su contribución no solo ha hecho posible esta cartilla, sino que también fortalece el tejido cultural de nuestras comunidades, manteniendo viva la llama de nuestra identidad y tradiciones.

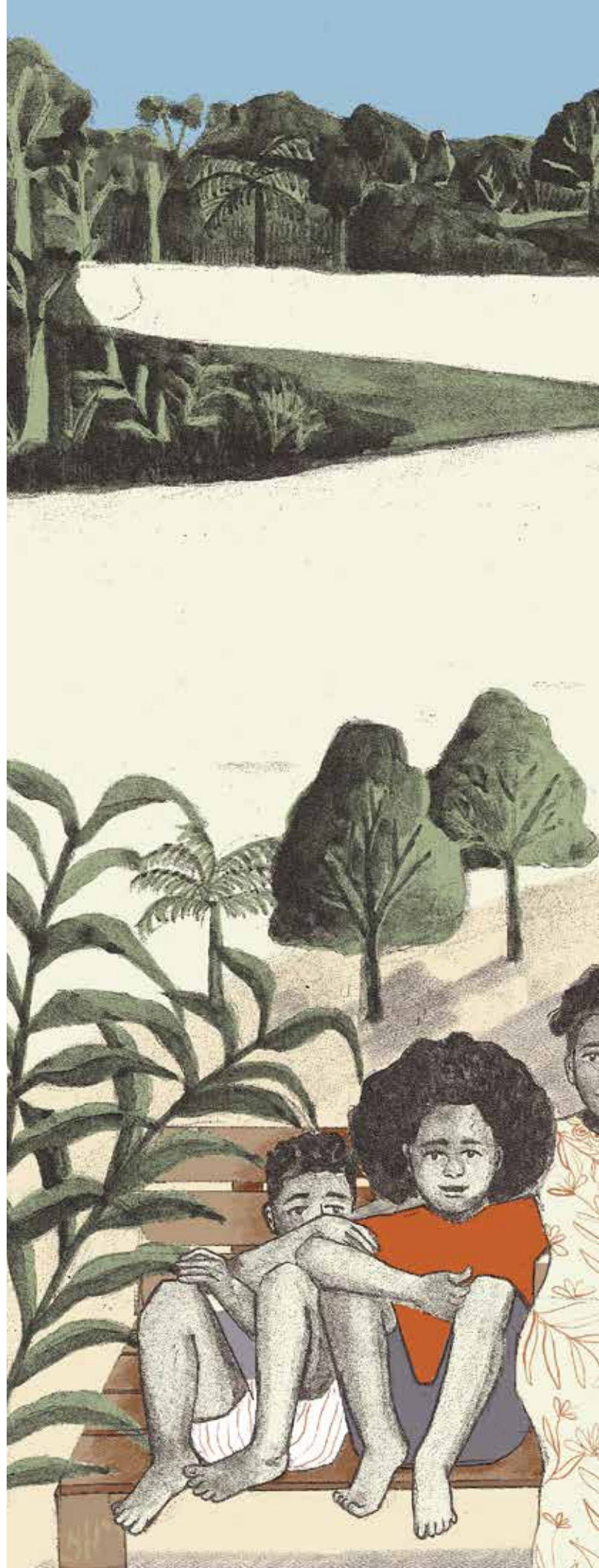
Introducción

Lo que se va a relatar en este escrito los llevará en un viaje a través de las emociones que envuelven a un pueblo, donde las creencias espirituales y la solidaridad en honrar a sus difuntos se manifiestan con una intensa conmoción.

Para iniciar esta exploración de las tradiciones fúnebres que son centrales en la vida y cultura de las comunidades afrodescendientes del municipio de Bojayá en el Chocó, es crucial entender que estas prácticas van más allá de simplemente despedir a los difuntos. Estas costumbres ancestrales están profundamente arraigadas en la espiritualidad, cosmovisión e identidad del pueblo, que se desarrolla y transforma continuamente.

Representan una muestra de la riqueza cultural del Pacífico colombiano y la notable capacidad de estas comunidades para preservar sus tradiciones a pesar de enfrentar adversidades significativas. Estos conocimientos se transmiten de generación en generación a través de la tradición oral, formando parte integral del legado cultural de Bojayá.

La geografía, la naturaleza y la espiritualidad se entrelazan de manera sutil pero poderosa en el municipio de Bojayá. Este lugar único en Colombia alberga diversas comunidades indígenas y afrochocoanas; su cabecera municipal, Bellavista, es el lugar donde convergen los 15 corregimientos, 4 veredas y las 33 comunidades indígenas que conforman el municipio, las cuales están separadas entre sí por imponentes ríos. Aquí, debido a que los ríos fungen como carreteras fluviales, las personas se transportan a bordo de champas, botes, lanchas y pangas.

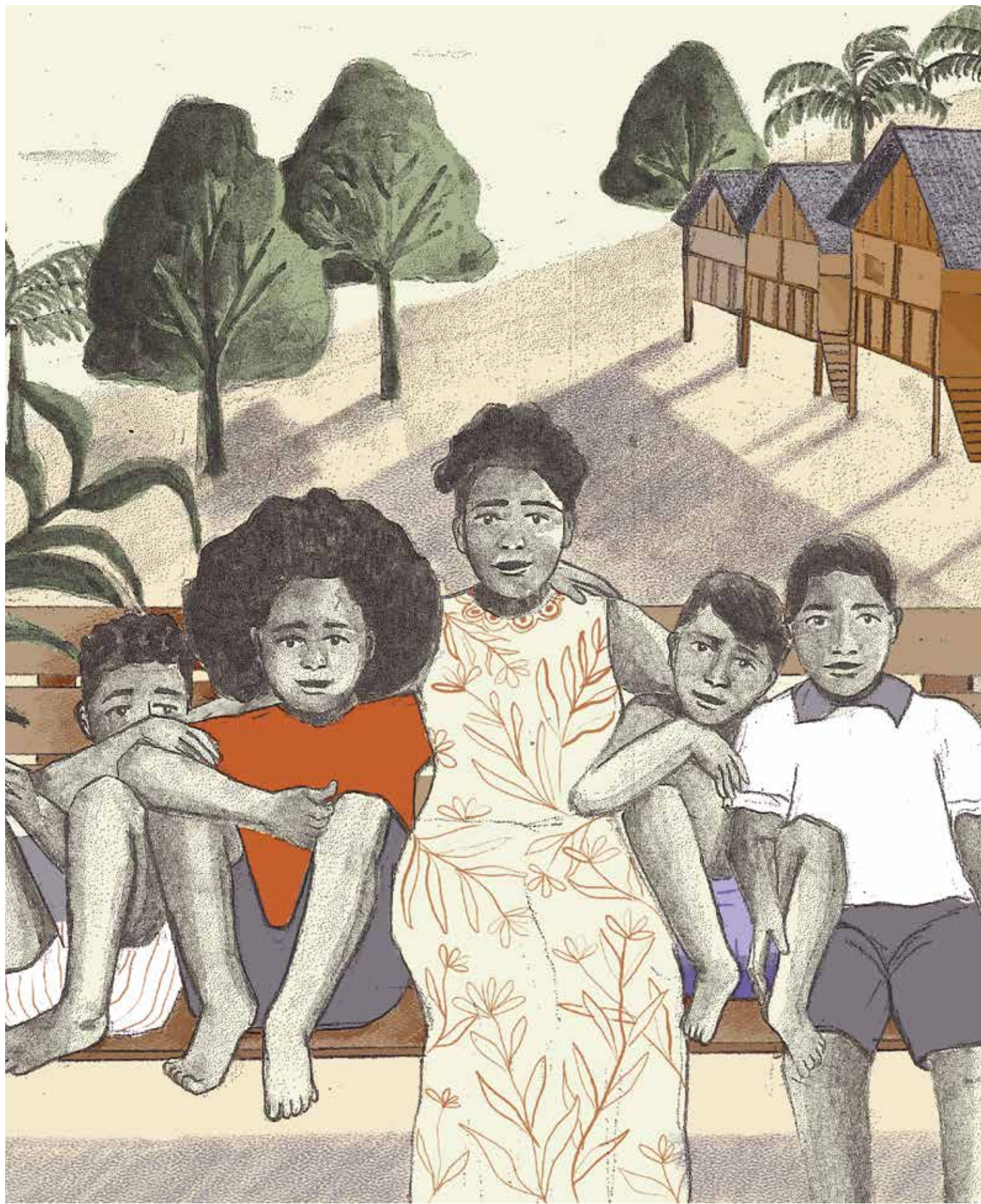




Bojayá se encuentra bajo un régimen pluvial de alta precipitación y está rodeado por el majestuoso Río Atrato, uno de los principales ríos del país. Ubicado cerca de la exuberante selva del Darién y las costas del océano Pacífico colombiano, el territorio selvático y místico de Bojayá ejerce una influencia profunda y perdurable en la esencia espiritual de sus habitantes.

La imponente selva se vuelve refugio para los mitos y leyendas afrochocoanas, donde existen espíritus de la naturaleza, como la Madremonte, El Mohán, El Duende, la Madredeagua, entre otros. Estos seres sobrenaturales habitan en las profundidades del bosque o en las turbulentas aguas de los ríos, y son vistos con respeto o temor por las comunidades. En la actualidad, cuando ocurre una muerte extraña o prematura, es probable que se interprete como un llamado de advertencia de estos espíritus guardianes ante algún comportamiento indebido de los humanos, según algunos relatos de los sabedores.





Las prácticas fúnebres en Bojayá deben ser entendidas dentro de una cosmovisión ecológica y espiritual profunda. Durante los velorios, los cantos de alabaos entonados por las alabao-ras suelen incorporar metáforas poéticas que hacen referencia a elementos de la naturaleza, también de la santísima trinidad, fusionando elementos del catolicismo con adaptaciones propias marcadas por el histórico suceso de la imposición europea durante la época de la esclavitud. Así, la muerte se presenta como una manifestación de la interconexión indisoluble entre la comunidad, sus tradiciones y el entorno natural que las rodea, así como con lo divino y el pasado que carga el pueblo.

Dado que existe una conexión íntima con la naturaleza que impregna sus creencias y rituales fúnebres, es común observar que los cementerios se ubican al pie de los árboles y montañas considerados sagrados. Además, que en los velorios se utilicen plantas, flores y alimentos, es decir, que es de gran importancia que elementos naturales se utilicen con fines rituales y terapéuticos.

¿De dónde vienen estas prácticas rituales?

El proceder actual de las ceremonias fúnebres en Bojayá tiene sus raíces en una mezcla de tradiciones amerindias, europeas y africanas. Durante la época en que personas esclavizadas provenientes de África fueron trasladadas sin su consentimiento por invasores europeos al Nuevo Mundo, como llamaron los europeos al continente americano, lograron conservar parte de sus creencias ancestrales a pesar de las duras condiciones a las que estaban sometidos.

Rituales como cantos, danzas y ofrendas para despedir a los muertos formaban parte de su

ancestralidad cultural, la cual lograron preservar incluso en medio de la adversidad del cautiverio y la trata esclavista. Estos elementos culturales se han entrelazado con las tradiciones locales y europeas, dando forma a las prácticas fúnebres que se observan en Bojayá en la actualidad.

Al ser llevados al inhóspito territorio del Pacífico colombiano, las personas esclavizadas entraron en contacto con poblaciones indígenas de la región, como los Emberá, con quienes compartían similitudes animistas y espirituales. Este proceso de transculturación dio origen a tradiciones fúnebres sincréticas, es decir, que fusionaron componentes africanos, europeos y amerindios, conformando las prácticas mortuorias que hoy se conocen en el Chocó. Rituales como el velatorio, el entierro, el levantamiento de tumbas, el cabo de año, los rezos y los cantos de alabaos y gualíes, son el resultado de siglos de adaptación, resistencia cultural e intercambios entre diferentes grupos étnicos.

Más allá y más acá

A lo largo del tiempo, estas ceremonias incorporaron elementos del catolicismo producto de la evangelización durante la colonia. Sin embargo, en la esencia afro se conserva y transmite una cosmovisión llena de misticismo, donde los vivos y los muertos no están separados, sino que comparten y se comunican. La muerte no es percibida como un fin absoluto, sino más bien como una transición en la que el difunto emprende un viaje al mundo de los ancestros.

Más que su significado espiritual, estas ceremonias congregan a una comunidad alrededor de un triple propósito: despedir al difunto, orar en comunidad por el descanso de su alma pidiendo perdón por sus pecados



Foto: Archivo Comité 2 de Mayo.

y brindar apoyo emocional a los deudos, compartiendo así el proceso de duelo. Esta unión en torno a los rituales colectivos fortalece los lazos de solidaridad entre los miembros de la comunidad. Durante el velorio, la inhumación y los nueve días posteriores al sepelio se llevan a cabo los “novenarios”. Durante este período, familiares, amigos, vecinos y la comunidad en general se reúnen para acompañar y rezar por el alma del fallecido. Además, de manera colectiva, se asumen los costos relacionados con todo el proceso.

Del mismo modo, las alabaoras provenientes de distintas comunidades o pueblos lejanos viajan a través del río, para cantar melodías que buscan consolar a la familia y elevar plegarias en memoria del difunto. Otro ritual importante es la conmemoración del año después del fallecimiento, conocida como

la “puesta de la lápida” o “el cabo de año”. Durante este evento, se convoca nuevamente a la comunidad para recordar la vida de aquel que partió, y en muchos casos se realiza una misa en su honor si el difunto y la familia son católicos. Si pertenecen a otra religión solo van al cementerio y ponen la lápida donde fue inhumado el difunto.

De esta manera, el sufrimiento que produce una muerte no recae exclusivamente en el núcleo familiar, sino que se distribuye entre vecinos, amigos o personas que deseen hacer su aporte a la familia del difunto.

Como explica la antropóloga Luz Adriana Maya:

“Llorar a los muertos es un ejercicio colectivo de elaboración del duelo... Es una práctica cultural que integra el grupo social y lo provee de un repertorio simbólico para restaurar el equilibrio roto por la muerte de uno de sus miembros”.

Así, estos ritos de paso son fundamentales para la cohesión social. Es decir, que los ritos de paso son eventos o ceremonias que marcan transiciones importantes en la vida de las personas, como nacimientos, matrimonios o funerales. Estos rituales no solo tienen un significado simbólico, sino que también desempeñan un papel crucial en el mantenimiento de la identidad social y la unidad como comunidad, permitiendo la juntanza en momentos de pérdida, cuestión que fortalece los lazos sociales.

El cuidado con el que se protege al otro, acompañar el duelo es sobrellevarlo y en estos ritos de paso se protege y cuida, se acompaña en el duelo y se ayuda a apaciguarle y sobrellevarlo para llegar al entendimiento de que el vínculo con el difunto perdura

a través de la memoria colectiva, de los sueños premonitorios y de la evocación en canciones o conversaciones, porque se cree que los espíritus de los ancestros residen en otra dimensión, pero nunca abandonan por completo a los vivos.

Riesgos

La pérdida de saberes tradicionales debido al fallecimiento de ancianos, quienes eran portadores de la tradición oral pero no lograron transmitir sus conocimientos a las nuevas generaciones, se ve agravada por la influencia de patrones culturales urbanos externos y la estigmatización de las prácticas afro por parte de recién llegados a las comunidades. Esto resultó en la desaparición de elementos esenciales de las ceremonias fúnebres tradicionales.

Actualmente, organizaciones como el Comité por los Derechos de las Víctimas de Bojayá y asociaciones de mujeres cantaoras están trabajando arduamente en la recuperación y revitalización cultural. Su objetivo es que las nuevas generaciones retomen y perpetúen estas tradiciones fúnebres que han sido pilares de la cohesión social y espiritual de los ancestros afrochocoanos durante siglos. La conservación de estas tradiciones implica seguir cultivando lazos de solidaridad y mantener viva la memoria en medio de un contexto adverso que busca homogeneizar y desdibujar la riqueza multicultural de un país.

En la primera parte se presenta el primer capítulo, que explora la preparación y cuidado del cuerpo del fallecido, junto con la organización del espacio de velatorio y las juntas Preexequiales. Este capítulo relata el significado de las tradiciones mortuorias en Bojayá. El segundo capítulo aborda los alabaos, cantos fúnebres ya mencionados anteriormente, y los gualíes.

A diferencia de los alabaos, los gualíes son cantos con tonos, melodías y letras distintas, entonados cuando muere un infante. Esta sección destaca los alabaos y gualíes como tradiciones orales afrochocoanas en los pueblos de Bojayá. En el tercer capítulo, se profundiza en los rezos como una ayuda que brinda acompañamiento en los días posteriores al entierro, proporcionando plegarias para apoyar a la familia y continuar con la despedida del ser querido.

El cuarto capítulo aborda la construcción y levantamiento de tumbas, con el propósito de ofrecer al lector un panorama general que le permita comprender la profunda importancia de estas tradiciones, o manifestaciones, para la pervivencia cultural en las comunidades afrochocoanas. El quinto capítulo, titulado “La sepultura y disposición final de los cuerpos”, explora sus orígenes históricos, la influencia del entorno natural en las creencias, el papel que juegan en la cohesión social, los diversos rituales fúnebres practicados y cómo estos se han visto amenazados por años de violencia en la región.

Foto: Archivo Comité 2 de Mayo.



El sexto capítulo describe las narrativas míticas y creencias ancestrales de la comunidad de Bojayá, que influyen en su comprensión de la muerte y los rituales funerarios asociados. Explica que estos mitos abarcan leyendas sobre el origen de tradiciones como el “alabao” o canto fúnebre, así como conceptos sobre la vida después de la muerte, que tienen un impacto significativo en las prácticas fúnebres que distinguen culturalmente a estas comunidades.

En este capítulo también se describe cómo el humor, los juegos y compartir recuerdos cumplen un rol importante de acompañamiento emocional durante los velorios y duelos. Explica que contar chistes sobre anécdotas del fallecido, así como jugar juegos de mesa o azar, brindan un respiro al dolor y permiten reír y distraerse momentáneamente. Asimismo, narrar historias y memorias sobre la vida del difunto es una práctica casi espiritual que celebra su legado, permite desahogar emociones en comunidad y mantener viva su presencia en la memoria colectiva.

El séptimo capítulo aborda cómo las tradiciones fúnebres de la comunidad afrocolombiana de Bojayá han tenido que adaptarse a cambios sociales, económicos, culturales y al impacto devastador del conflicto armado. Describe la resiliencia de la comunidad al resignificar y reinventar creativamente sus rituales ancestrales, incorporando nuevos elementos desde su cosmovisión, para preservar su esencia cultural frente a estos desafíos.

Esta investigación se centra en desentrañar el significado que tienen estas prácticas para las comunidades del Chocó, específicamente de la zona del bajo Atrato, puntualmente el municipio de Bojayá. A través de entrevistas a miembros de los grupos de alabaos “Voces de Resistencia” de Pogue, las cantaoras de Puerto Conto y los sabedores y sabedoras del municipio. Se explora el origen, evolución e importancia sociocultural de estos cantos fúnebres, su vínculo con las tradiciones mortuorias locales y su adaptación al contexto del conflicto armado en la región.



Foto: Jose de la Cruz Valencia.



Preparación y cuidados del cuerpo del fallecido, organización del espacio de velatorio y Juntas Pre Exequiales

Capítulo uno

Cuando muere una persona en las comunidades de Bojayá, se inicia un proceso de rituales fúnebres para preparar el cuerpo del difunto y acompañar su tránsito al más allá. Estos rituales son liderados por miembros de la comunidad que tienen conocimientos ancestrales sobre cómo dispensar sus cuidados finales.

El fallecido reposa en la casa por uno o dos días, lo que permite a sus familiares y amigos ofrecer sus respetos, y despedirse. Los sollozos y lamentos que emanan de las alabaoras no solo reflejan el dolor colectivo que embarga a la comunidad, sino que también actúan como una plegaria, una súplica ferviente dirigida hacia lo divino, buscando consuelo y protección en medio de la desolación que acompaña a la pérdida.

Preservación

Tras declararse el fallecimiento de un ser querido y recibir a la familia en duelo, se llevaban a cabo rituales ancestrales para preservar el cuerpo durante el velorio. La primera medida era el lavado, seguido de la aplicación de una preparación especial sobre gran parte del cuerpo, dejando libre el resto. Esta mezcla, compuesta de pulpa de borojó, viche y café molido, tenía como propiedad ralentizar el proceso de descomposición, permitiendo así, que el difunto permaneciera intacto durante los días de la de velación. La acidez del borojó, combinada con las propiedades conservantes del café y el alcohol del viche, confería al cuerpo una preservación que lo mantenía libre de señales de descomposición por un tiempo más largo, según lo expresado por la sabedora y rezandera de la comunidad de Pogue, la señora Ereiza Palomeque.

Borojó



Foto: Borojó – Ramón Alexander
Valencia Córdoba.

Viche



Lucero Vilchez (2024). Licor de hierbas y
especias. Cocina Profesional.

Café



Yaruniv Studio (2024). Café molido y granos
de café Surtido. Freepik

Ahora:

Las prácticas artesanales de preservación del cuerpo han cedido terreno ante las técnicas modernas de tanatopraxia o embalsamamiento, las cuales hacen uso del formol para conservar por más tiempo los cuerpos. Sin embargo, en numerosas comunidades rurales o de difícil acceso, persiste la utilización de las preparaciones ancestrales, para la disposición final de las personas fallecidas. Los encargados de llevar a cabo este procedimiento son conocidos como “arregladores de difuntos”, quienes representan la continuidad de un legado transmitido de generación en generación, preservando así un saber invaluable.

El uso de la pulpa de borojó y otros ingredientes no solo se limitaba a sus propiedades físicas, sino que también estaba impregnado de un profundo simbolismo de respeto y cuidado espiritual hacia el ser que iniciaba su viaje al más allá. Este ritual forma parte de las ancestrales tradiciones fúnebres que confieren identidad a las comunidades bojayaseñas, transmitiendo un legado de veneración y conexión con los antepasados que perdura a través del tiempo.

Después, se procede a vestir el cuerpo del difunto. En general, se eligen prendas blancas ya que este color se asocia con un significado de pureza y paz, representando la transición a un estado superior, libre de ataduras terrenales. Si el difunto no disponía de prendas blancas, se le vestía con aquellas que le gustaban en vida, seleccionadas del armario personal.

Otro elemento infaltable en la vestimenta es un cordón o lazo de cáñamo que se ubica

en la cintura. Este lazo lleva un número de nudos, usualmente siete, que simbolizan los peldaños o etapas que deberá superar el alma en su camino hacia la eternidad o la morada del Creador. En otras regiones del Chocó, solo utilizan cinco nudos, con similitud en su significado.

Ya para cuando el cuerpo del fallecido ha sido vestido y preparado, es colocado dentro del ataúd que lo resguardará en su lugar de reposo. Usualmente este se pone en la sala de la casa del difunto o de algún familiar, donde organizan un altar con elementos decorativos.

Se instala una sábana blanca en la pared del fondo, la cual se extiende hasta el techo, cubriendo la profundidad del ataúd, es decir, que este quede cubierto completamente por la sábana que se pone en la parte del techo de la casa. En la sábana del fondo disponen un moño en tela de color negro que representa una mariposa. Según lo expresado por Ereiza Palomeque, cada elemento tiene una representación especial en el proceso.

Los dolientes completan llevando unas coronas de flores y otros adornos coloridos que contrastan la decoración de este espacio de velación, que se convierten en un elemento indispensable cuando se lleva a cabo esta despedida, es decir, el ritual fúnebre.

El predominio del blanco en la sala, matizado por pequeños detalles en negro, imprime una estética singular en torno a la despedida, reflejando costumbres arraigadas en la espiritualidad bojayaseña, que resaltan la idea de una vida que trasciende más allá de la existencia terrenal.

Ataúd

El ataúd solía ser construido por carpinteros de la comunidad, quienes relatan haber pasado noches enteras trabajando en su elaboración, desde la obtención de la madera hasta la preparación de los materiales necesarios. Se desvelaban para entregar a la familia, al día siguiente, el ataúd que serviría de último acompañamiento al cuerpo del ser querido, relata Domingo Chala.



Foto: Archivo Comité 2 de Mayo.

Los ataúdes se pueden comprar en las distintas funerarias privadas. Allí suelen estar previamente fabricados para brindar inmediatez en el proceso de organización de los servicios funerarios.

En cuanto al altar, que se ubica alrededor del ataúd, se encienden cinco velas, una en cada esquina de su tapa y una en la cabecera, justo debajo del Cristo crucificado que suele ponerse en ese lugar. Las velas cumplen como guías espirituales, alumbrando el camino que emprenderá el alma del difunto. También se agrega debajo, a los pies del fallecido, un vaso con agua, a éste se le agrega alguna planta medicinal, que normalmente es una ramita de una planta llamada Escubilla, aunque a veces esta puede cambiar por otras plantas que cumplen la misma función.

El agua en el vaso cumple dos propósitos importantes en la tradición de Bojayá: se cree que el espíritu del difunto puede tomar agua de allí, especialmente si la persona falleció con sed, y también se considera que el líquido posee propiedades medicinales y purificadoras que pueden beneficiar a quienes se sienten mal durante el velorio: ellos pueden untarse de esta agua en la cara o tomar un poco si sufren algún dolor. Esto según relata Oneida Orejuela, alabaora y sabedora de la comunidad de Pogue.

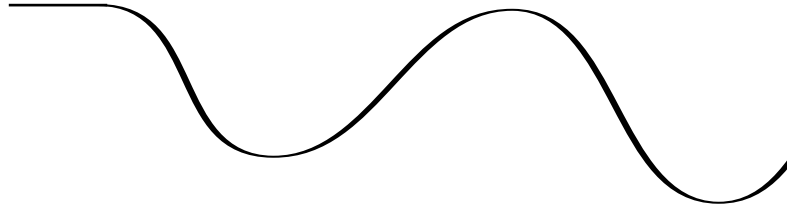
Por otro lado, el cordón en la cintura, los nudos y las velas son elementos simbólicos que forman parte de la preparación del difunto o difunta según las costumbres de los pueblos de Bojayá. Estos elementos refuerzan la idea de que la muerte es solo un paso hacia otra forma de existencia espiritual, de acuerdo con su cosmogonía, como lo relata José de la Cruz Valencia Palacios (cucho) sabedor ancestral de la comunidad de Bellavista.

Foto: Germán Arango "Luckas Perro".



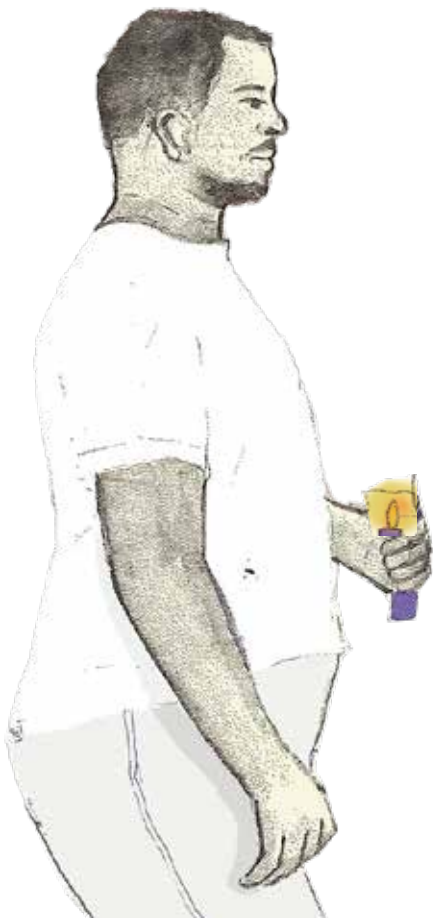
Así mismo las personas que acompañan en los velorios llevan ciertas prendas de colores que muestran apoyo y respeto a la familia del difunto, colores como el negro, morado, lila o blanco. La vestimenta de luto busca reflejar un estado de duelo, recogimiento y respeto en estas ceremonias que homenajean a un ser querido fallecido, los familiares normalmente se quedan utilizando estos colores por un periodo de tiempo determinado, es una forma de guardar luto como se le dice en la región, lo cual puede durar meses o años en algunos casos.

Cuando llegan los alabaos...



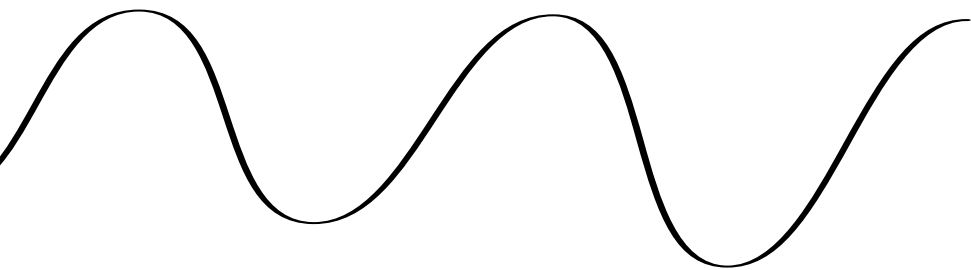
Las alabaoras, en su mayoría mujeres, desempeñan un papel crucial en las ceremonias fúnebres. Sin embargo, es importante destacar que también hay hombres alabaos, lo cual marca un cambio significativo respecto a roles pasados, donde esta dinámica solía ser exclusiva de las mujeres, según cuenta Esaú Palacios, alabaor y sabedor de la comunidad de Pogue, lo cual representa una transformación significativa en esta dinámica tradicional.

Dotadas de una voz que emana fuerza y consuelo, brindan un acompañamiento espiritual invaluable en el espacio. Esta práctica donde se entonan los alabaos y gualíes, sumergen sus raíces en las tradiciones musicales que los esclavizados africanos trajeron consigo durante la Colonia. Con el tiempo se fusionaron con elementos católicos, indígenas y españoles, conformando un complejo tapiz multicultural propio de la identidad chocoana.



Cruz Meliá Murillo, cantaora de la comunidad de Puerto Conto, expresa:

“Nosotros aquí en nuestro medio nos caracterizamos por la solidaridad, porque cuando pasa algún acontecimiento como la muerte de un vecino, nosotros tenemos siempre la costumbre de ser solidarios y llegar en el momento justo y preciso para acompañar la familia”.



Este acompañamiento se realiza a través del canto, buscando mitigar la pena y apoyar espiritualmente a los deudos. Según las alabaoras,

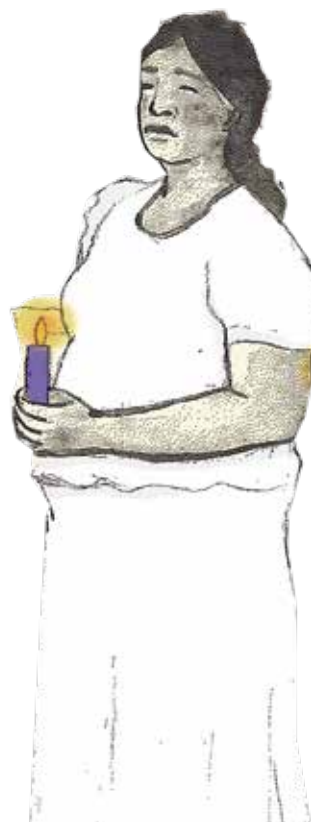
“cantar en los velorios cumple la función de mitigar el dolor y sanarlo”.

Para Marice Pino Chaverra, proporcionan consuelo mediante el canto y la fe, haciendo parte de un duelo colectivo: los alabaos unen a la comunidad en torno al difunto, cuestión que fortalece los lazos sociales.

Lejos de ser un ritual fijo, los alabaos han evolucionado con el tiempo, adaptándose a diferentes circunstancias históricas como el conflicto armado, así como incorporando variaciones regionales. Sin embargo, conservan su esencia gracias al esfuerzo de las alabaoras por mantener viva esta tradición con un interés genuino por transmitirla a las nuevas generaciones, como una forma de reivindicar la cultura afrocolombiana.

En palabras de Pilar Mena, cantaora de Puerto Conto:

“la tradición del negro está muy perdida (...) por eso nosotros estamos dispuestas a no dejar perder la tradición, durante nuestra vida no va a faltar el alabao. La tradición no la dejamos perder”.



Las Juntas Preexequiales de Bojayá: Una tradición de solidaridad comunitaria

Uno de los legados culturales más conmovedores y altruistas en las comunidades ribereñas de Bojayá son las **Juntas Preexequiales**, colectivos comunitarios que se ponen en marcha frente a la muerte de sus miembros, que consisten en apoyar a la familia con los gastos que conllevan los rituales fúnebres.

Estas Juntas surgieron espontáneamente como una red de apoyo comunitario frente a la precariedad económica para cubrir los gastos de los funerales tradicionales, que a menudo se extienden durante 10 noches, incluida la noche del velorio y los 9 días de novenas. Con el paso del tiempo, estas iniciativas se consolidaron hasta convertirse en instituciones sólidas dentro del ámbito funerario.

La primera Junta Preexequial en Bojayá surgió en la década del 70 en el corregimiento de Puerto Conto, impulsada por el líder comunitario José de la Cruz Valencia Palacios (Cucho) luego de la muerte por ahogamiento de una niña llamada Elvia Rosa Cañizales Palacio. Ante la precaria situación de los padres para costear los gastos de búsqueda y funeral, Don José asumió esos gastos en un gesto de solidaridad.

Poco a poco el resto de los familiares y comunidad fueron contribuyendo hasta completar los costos de todo el proceso

fúnebre. Al final, sumaron las contribuciones y dividieron equitativamente creando el concepto de “puesto” que hasta hoy perdura. Así nació la primera Junta, origen de esta tradición tan importante.

El Funcionamiento de las Juntas se lleva a cabo de la siguiente manera: cada Junta tiene su propio reglamento y organigrama. Pero, todas funcionan bajo el principio de solidaridad, donde la comunidad se responsabiliza colectivamente para solventar los gastos funerarios, aliviando la carga que cae sobre una sola familia. Cuando fallece un miembro de la comunidad (o de comunidades vecinas), todos contribuyen con una cuota o “puesto” que permite reunir rápidamente lo necesario para el funeral.

En esencia, esta tradición convierte la muerte en un evento solidario y comunitario, fortaleciendo los lazos de apoyo mutuo precisamente en los momentos de mayor dolor. Permite también garantizar un apropiado ritual de despedida acorde con las creencias populares, independiente de los recursos individuales. Por todo ello constituyen un vivo ejemplo del valor de la solidaridad.

Es fascinante cómo algunas comunidades han desarrollado sistemas y valores que fomentan la solidaridad y el bienestar colectivo a lo largo del tiempo. La idea de la muerte como un evento que compete a todos y que activa un sentido de responsabilidad compartida a través de las Juntas es especialmente interesante.

“Cantar en los velorios cumple la función de mitigar el dolor y sanarlo”.



Ejemplos en otras regiones

Experiencias similares de fondos comunitarios o de Juntas, o Cofradías Preexequiales existen en otras regiones de Colombia. En el Pacífico Nariñense operan las “Sociedades de Convite y Luto” con una función equivalente. Y en el Caribe colombiano está la tradición de las “Sociedades de Socorros Mutuos” que también se activan para sufragar gastos funerarios.

Esto demuestra que varias comunidades afrodescendientes han generado sus propios mecanismos asociativos para garantizar una muerte digna a sus miembros más vulnerables. Son muestra de la solidaridad y humanidad que emerge en los momentos más difíciles.

Alcances más allá de lo económico

Si bien el principal rol de las Juntas Preexequiales es de carácter económico y logístico, su impacto va más allá. El acompañamiento, el alivio emotivo a los deudos y la preservación de tradiciones ancestrales frente a la muerte también hacen parte de sus bondades.

Representan una manifestación contemporánea de los “arrullos” y cantos tradicionales alrededor del difunto. La música, la espiritualidad y la solidaridad confluyen en las Juntas para dignificar la partida de un ser querido.



Alabaos y Gualíes: tradición oral afrodescendiente en los pueblos de Bojayá

Capítulo dos

Los alabaos y gualíes son formas de expresión oral, entonaciones que brindan un acompañamiento frente a una pérdida, y tienen sus raíces en las comunidades afrodescendientes del Pacífico colombiano, en municipios como Bojayá. Estas tradiciones han sido transmitidas de generación en generación y forman parte de la cultura y la identidad de la comunidad como pueblo afro del Pacífico colombiano.

Existen varios tipos de alabaos, los alabaos son cantos fúnebres que honran y despiden a los fallecidos, pero también pueden tener otras funciones en la actualidad. Tienen una gran carga emocional y espiritual. Se interpretan a capela, con letras que pueden surgir de manera improvisada, provenir de la memoria de una alabaora o ser creadas en colectivo, compuestas y posteriormente escritas. Estas expresiones pueden ser generadas en respuesta a eventos que afectan en pro o en contra a las comunidades, enfrentadas a realidades a menudo distanciadas del resto del país, narran normalmente hechos que piden ser destacados, a veces en forma de denuncia o también para agradecer algún gesto en general.

Los alabaos tradicionales son para despedir a los difuntos, y se caracterizan por su tono grave y melancólico, destinado a expresar el dolor por la partida, permitiendo experimentar el dolor, sin ignorarlo, por el contrario acogiéndolo y abrazándolo.

Se rinde homenaje a la memoria del difunto según las creencias populares; estos cantos ayudan al espíritu a transitar hacia el más allá y acompañan su viaje espiritual.

Palabras de Alfonsa Mena, alabaora de la comunidad de Puerto Conto.



Foto: Ramón Alexander Valencia Córdoba.

Un lugar de honor

Los alabaos ocupan un lugar sagrado que trasciende el mero reconocimiento de quien ha dejado este plano terrenal. Representan un homenaje profundo y respetuoso hacia el difunto, merecedor de ser despedido con los rituales más significativos. Esta arraigada tradición mortuoria encuentra su expresión más notable en las comunidades afrochocoanas de Bojayá y gran parte de los municipios del Pacífico colombiano. Para ayudar a mitigar el dolor de sus familiares, hace fortalecer los lazos comunitarios en torno a la pérdida compartida.

Orígenes e historia

Los orígenes de estas manifestaciones se remontan a las ceremonias que trajeron consigo los esclavizados africanos, quienes fueron arrancados de sus raíces y trasplantados a la fuerza al continente americano. Rituales como el Geledé, Uwi Uwi o Shoubou, provenientes de la diáspora africana, probablemente fueron los antecedentes de estas expresiones lúgubres del Pacífico colombiano. En ellos ya estaban presentes componentes como mujeres entonando cantos, acompañados de tambores, para facilitar el descanso del alma del muerto.

Al entrar en contacto con población indígena y europea durante la Colonia, estos ritos funerarios fueron adquiriendo elementos sincréticos que derivaron en la singularidad de los alabaos tal como hoy los conocemos. Sus letras cargadas de poesía y simbolismo, la cadencia melancólica y las improvisaciones del canto según la habilidad de las intérpretes, se consolidaron con el paso de los siglos como una manifestación representativa del acervo cultural afrochocoano.



Al más allá

En su innegable valor estético y artístico, los alabaos cumplen un rol espiritual y terapéutico esencial. Por una parte, facilitan la transición del alma del difunto de este mundo terrenal al más allá. Las alabaoras ofrecen sus voces como guías, elevando plegarias para “encomendar” el espíritu del fallecido para que encuentre la luz y la paz eterna. Sus cantos son un “auxilio espiritual” para dar tranquilidad al alma atribulada cuando abandona su forma mortal.

Asimismo, alivian el sufrimiento de sus familiares, proporcionando consuelo a través de palabras poéticas que validan y acompañan la pena. Incluso hay quienes atribuyen a estas melodías unos “poderes sobrenaturales para mitigar las profundas aflicciones del ser”, confiriéndoles una dimensión trascendental.

Finalmente, los alabaos crean una atmósfera propicia para que la comunidad transite en plenitud el duelo colectivo. Sus voces entrelazadas tejen una madeja de apoyo emocional donde las penas compartidas duelen menos.

Los alabaos son interpretados principalmente por mujeres conocidas como “alabaoras”. Pero, también “que” entre “varones” e “interpretan” estos cantos. Mujeres reconocidas como las verdaderas maestras en el arte del canto fúnebre, ellas tienen la facultad de entonar las notas del pesar y son consideradas poseedoras de un “poder especial” para comunicarse con otras dimensiones inaccesibles al común de los mortales.

En tiempos pasados se cuenta que había en su mayoría hombres alabaos, y con el pasar de los años, ellos fueron cediendo campo por diversas situaciones adversas a las mujeres, quienes sintieron el llamado para cantar sus alabaos y se acogieron a esta dinámica en un afán para salvar esta bella tradición. Entre ellas se destaca el grupo Voces de Resistencia de Bojayá, que se dio a la tarea de revitalizar los fúnebres, llevándolos a

otras esferas y haciendo conocer estas tradiciones en el territorio colombiano y fuera de este. El grupo ha podido llegar a otros países con cantos que ayudan en momentos difíciles, ya sea por situaciones como el conflicto armado, el difícil acceso a ciertos lugares por la composición del paisaje o debido al desinterés de las juventudes afrochocoanas por la tradición, algo que en la actualidad se presenta como una amenaza.

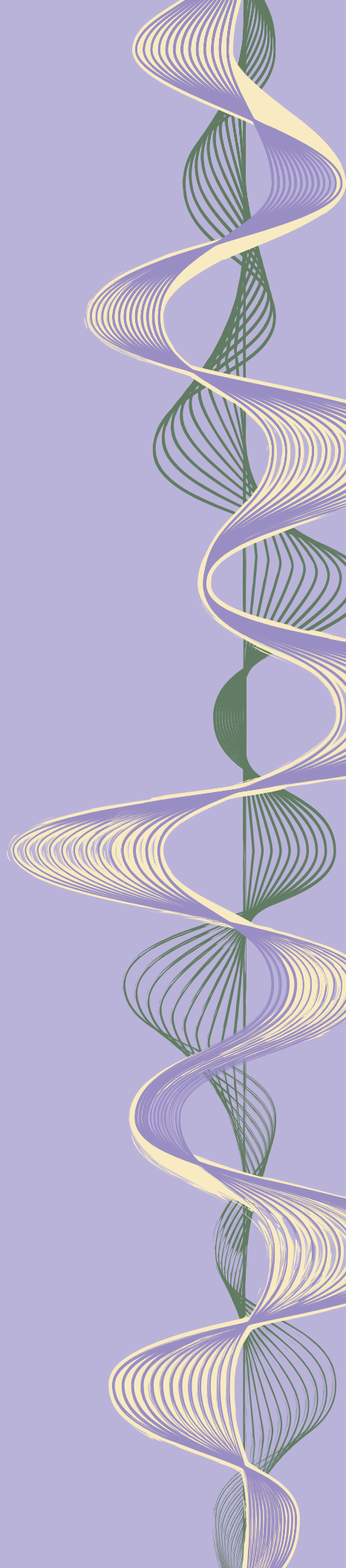
Durante los velorios, las alabaoras alternan sus voces en un patrón de antífona: una expresión musical característica de diversas tradiciones litúrgicas cristianas, es decir, como suele proceder una misa. En cuanto a los cantos, mientras una de las alabaoras entona versos, las demás repiten un estribillo o coro que va en aumento. El resultado es una polifonía conmovedora de cantos que se escuchan hasta el amanecer. Durante el velorio hay descansos, ya sea para comer, tomar algo y hablar con los que se encuentran en la ceremonia, también hay intervalos donde se reza y así para sobrellevar la larga noche de velación del difunto.

Alabaos mayores, alabaos menores

Dentro del vasto universo de los alabaos es posible distinguir diversas categorías según su estructura musical, lírica y el contexto en el que son entonados. Se habla así de alabaos mayores y menores.

Los alabaos mayores se cantan de pie y tienen una mayor extensión, complejidad rítmica y lírica. Son los cantos fúnebres por excelencia, entonados específicamente durante los velorios para facilitar la transición espiritual del difunto. Sus letras en forma de décimas incorporan imágenes poéticas y metáforas que evocan el dolor de la partida y la belleza de la naturaleza circundante.

Los alabaos menores presentan una estructura más simple y breve. Se entonan comúnmente en diversos contextos de la vida diaria, no limitados únicamente a los funerales. Por ejemplo, se utilizan para enseñarle a los niños, durante o en eventos sociales para expresar emociones colectivas, en misas de difuntos y también en las novenas que se les hace a los difuntos durante las nueve noches después de





Las alabaoras han creado con fortaleza y valentía alabaos de denuncia.

su deceso. Además, se cantan durante encuentros de alabaos, como el que se celebra la tradición en Andagoya cada año, donde cada grupo comparte sus cantos y conocimientos.

Asimismo, en años recientes las alabaoras han creado con fortaleza y valentía alabaos de denuncia, velando por la paz y el resguardo de la memoria de los pueblos, como respuesta poético-musical ante tragedias sociales y políticas que han vivido sus comunidades.

En cuanto al contexto, los alabaos se cantan especialmente durante las ceremonias fúnebres, esa es la tradición ancestral, es decir, en el transcurso de los velorios que pueden tener una duración de hasta dos días después de ocurrida la muerte. Las voces de las alabaoras acompañan el cuerpo del difunto mientras permanece en su casa, rodeado de sus familiares y seres queridos.

El canto se escucha en distintas horas al llegar la noche y cuando llega el amanecer, momento culmen cuando la comunidad en pleno se dispone a llevar el féretro, hasta el lugar de inhumación. La intensidad emotiva de los alabaos va en crecimiento conforme se aproximan las horas previas al entierro.

En cuanto a la forma de ejecución, las alabaoras combinan décimas, estribillos y onomatopeyas líricas sin acompañamiento sin acompañamiento instrumental, o, en algunos casos, con percusión de marimbas o tambores según sea la región del pacífico. Sus voces con timbres graves, medios y agudos se entrelazan y alternan creando una polifonía conmovedora que parece emerger desde las profundidades del alma atribulada.

La tradición en Bojayá es que el instrumento con el que se acompañan los alabaos únicamente es la voz, en este lugar del pacífico no se acompañan con ningún tipo de instrumentos según las palabras de Minerva Córdoba, cantaora y rezandera de la comunidad de Puerto Conto.

Ejemplos Tradicionales

Cada comunidad y grupo de alabaoras posee un repertorio propio de estas elegías mortuorias. Sin embargo, hay algunas que se han vuelto clásicas y son entonadas en distintas regiones del Chocó. Tal es el caso de “Primero llegó el español”, atribuida a Petrona Martínez, célebre bullerenguera bolivarense cuyo origen histórico se remite a la conquista y la esclavitud. O poemas como “María ¿Dónde estás corriendo?”, en alusión al deambular del alma por el inframundo.

Uno de los más conmovedores dentro del cancionero fúnebre de Bojayá es “Madre hay que hacerlo”, dedicado a las víctimas de la masacre cometida en 2002 por las FARC y las AUC. El estribillo “Hay que hacerlo, toca hacerlo, madre hay que hacerlo” alude al doloroso proceso de sepultar los cuerpos mutilados por la guerra. Este alabao, además de ser un hondo clamor de auxilio espiritual, se constituyó en un grito de denuncia frente a tanta barbarie.

Gualíes

Por otro lado, los gualíes son cantos alegres y que pueden ser acompañados con instrumentos musicales como el tambor, comparado con los alabaos, que no llevan instrumentos, se interpretan en rituales comunitarios cuando por desfortuna muere un infante. Tienen un ritmo y tono distinto, con letras infantiles y un poco juguetonas.

Los gualíes son cantos y rituales fúnebres distintivos del departamento del Chocó y otras zonas del pacífico en Colombia. Se realizan específicamente para despedir a los niños cuando fallecen, por lo que su simbolismo está profundamente marcado por concepciones culturales en torno a la muerte infantil.

En las entrevistas, las alabaoras explican que este tipo de ritual tiene un carácter más alegre, se celebraba la “liberación” del infante. Se interpreta que, al morir a temprana edad, estos niños se convierten en “ángeles” que van directamente al cielo sin haber vivido para experimentar penurias terrenales. Como se mencionó previamente en el contexto histórico, entre los esclavizados se celebraba la muerte infantil porque

representaba la “liberación” de no tener que padecer una vida de servidumbre. Este legado dejó una huella profunda en el simbolismo de la alegría entre los gualíes.

Claramente es muy doloroso perder a un ser querido, dolor que se agudiza cuando ese ser apenas está iniciando a vivir, que debería tener un futuro promisorio por delante. En este momento de la pérdida de la vida existe una mezcla particular de sentimientos encontrados; dolor profundo por la pérdida a temprana edad y alegría por la ganancia de un ángel, un alma que va derecho al cielo. Así, a través de las letras de sus cantos y la estética de sus ritos (flores coloridas, uso de instrumentos, telas y maderas), los gualíes encapsulan visual y auditivamente esta cosmovisión que dignifica el paso de niños a otro estado de la materia.

Se trata de cantos fúnebres que se entonan durante los velorios y rituales mortuorios con una función profundamente espiritual, equiparable a los rezos. Estos cantos buscan interceder ante Dios por la salvación del alma del fallecido, su purificación y el perdón de sus pecados. Asimismo, buscan brindar consuelo a los dolientes y facilitar una despedida apropiada para los difuntos. Poseen un alto contenido espiritual y emotivo, representando la cosmovisión de la población afro ribereña respecto a la muerte.

Explica Cruz Melia, en el caso de los infantes fallecidos:

“son ángeles, ángeles, ángeles, a eso unos los tira p'allá los tira p'acá. Porque todos los niños que mueren de cinco años para abajo van directo al cielo, ya los está esperando Dios con sus ángeles”.



La idea expresada por Cruz Melia resalta la creencia arraigada en muchas culturas, incluida la católica, de que los niños fallecidos, por su inocencia y pureza, son recibidos directamente en el cielo por Dios y sus ángeles. Esta creencia encuentra su fundamento en la noción de que los niños pequeños, al no haber alcanzado la edad de discernimiento, están libres de pecado y, por lo tanto, no requieren de los mismos ritos de duelo y ceremonias fúnebres que se realizan para los adultos. En la religión católica, se sostiene que los niños que fallecen antes de alcanzar la edad de la razón son llamados “ángeles” debido a su estado de inocencia y su proximidad con Dios. Esta percepción, compartida por muchas personas en diversas comunidades, ofrece consuelo y esperanza a aquellos que enfrentan la pérdida de un niño, al afirmar que su alma es recibida amorosamente en el reino celestial.

Los gualíes para niños son cantos alegres que según la edad del difunto reciben diferentes nombres. Hay cantos destinados a cada uno de ellos y detalles sutiles en cuanto a su proceder en la práctica: a los “erubines” (los recién nacidos que no llegaron a probar leche materna), los “querubines” (quienes vivieron máximo 2 años) y los “ángeles patones” (de entre 7 y 14 años). Estas distinciones reflejan elaboradas concepciones populares sobre el viaje de las almas infantiles hacia el más allá.



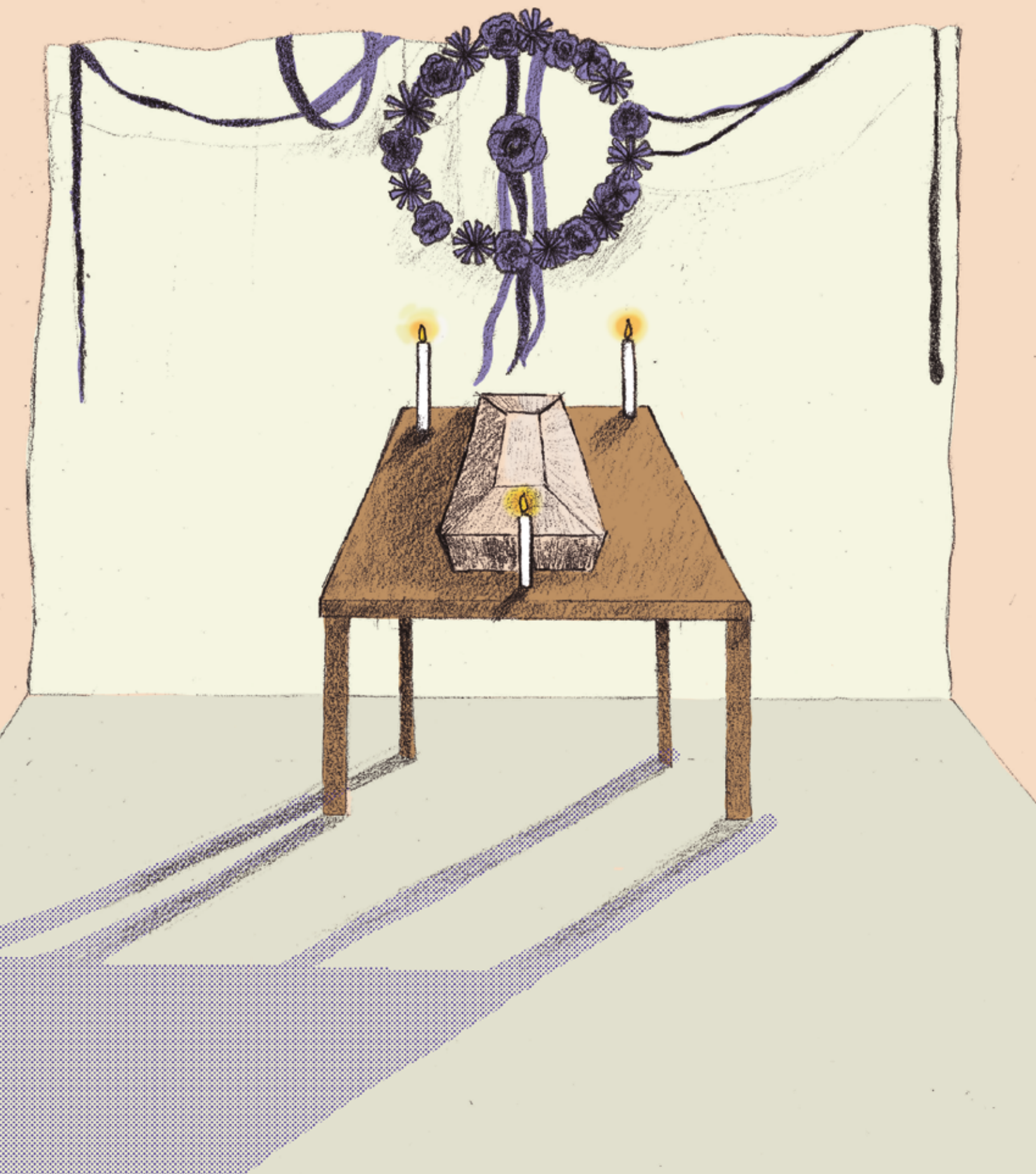
Región

Cada población imprime ciertas singularidades. Por ejemplo, en Pogue utilizan las categorías de edad antes descritas (erubín, querubín y ángel patón) que permiten el baile sólo con autorización de los padres. En cambio, en Puerto Conto no clasifican las edades y han cambiado la costumbre de bailar a los jóvenes fallecidos.

En el caso del fallecimiento de niños, el ambiente fúnebre adquiere un tono menos luctuoso, pues se cree que al no haber cometido pecado “se han ganado el cielo” y deben ser despedidos con regocijo. Surgen así los cantos llamados “gualíes y chigualos”, interpretados por las cantaoras con ritmos más alegres y bailables que varían dependiendo de la edad del niño, como se mencionó anteriormente.

Música y Baile

Los gualíes por lo general integran instrumentos (tambores y platillos) que refuerzan el tono celebratorio, a diferencia de los alabaos para adultos que son sombríos y a capela. El baile solía ser parte integral del ritual, pero algunas madres hoy en día lo rechazan por considerarlo irrespetuoso. Esto depende de las peticiones de cada familia.



Altars y Tumbas

Históricamente, a los niños no se les construía una tumba ornamentada como a los adultos, sino un humilde altar con ofrendas sencillas. En la actualidad, es frecuente que las funerarias proporcionen coronas y otros adornos que resaltan en el funeral.

Estos ejemplos ilustran cómo los gualíes se renuevan y adaptan sus elementos expresivos a las sensibilidades contemporáneas, al mismo tiempo que preservan su esencia ritual arraigada en nobles convicciones sobre la dignidad en la muerte de los niños. En resumen, los gualíes encarnan un patrimonio intangible.

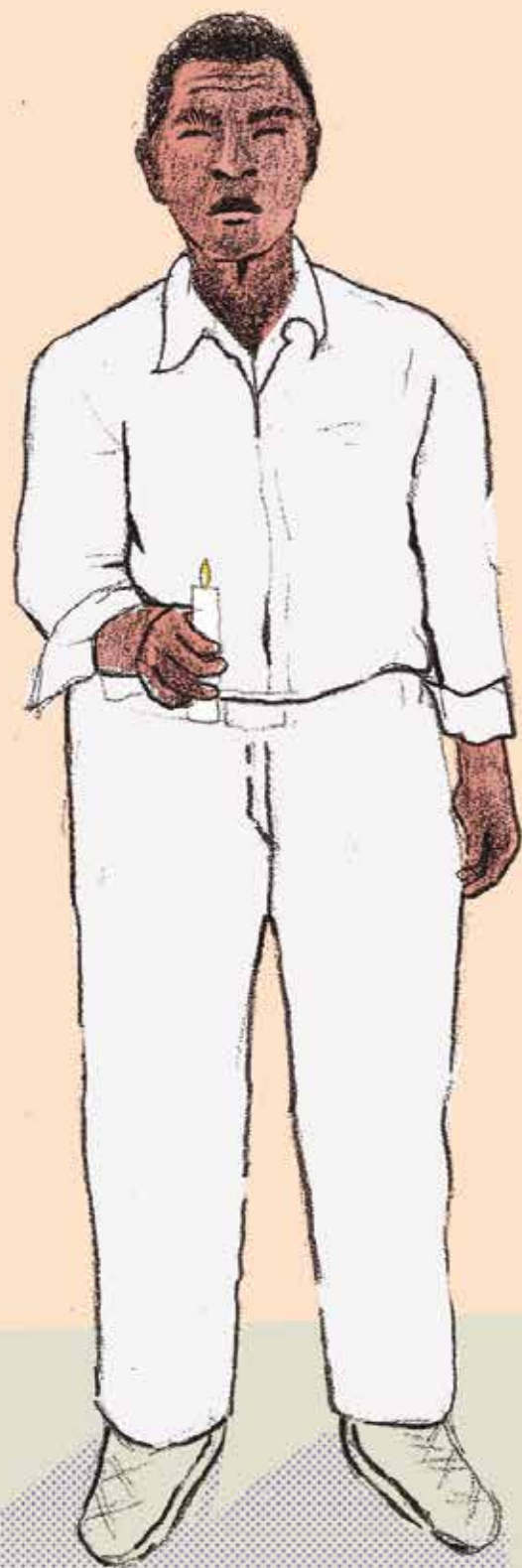
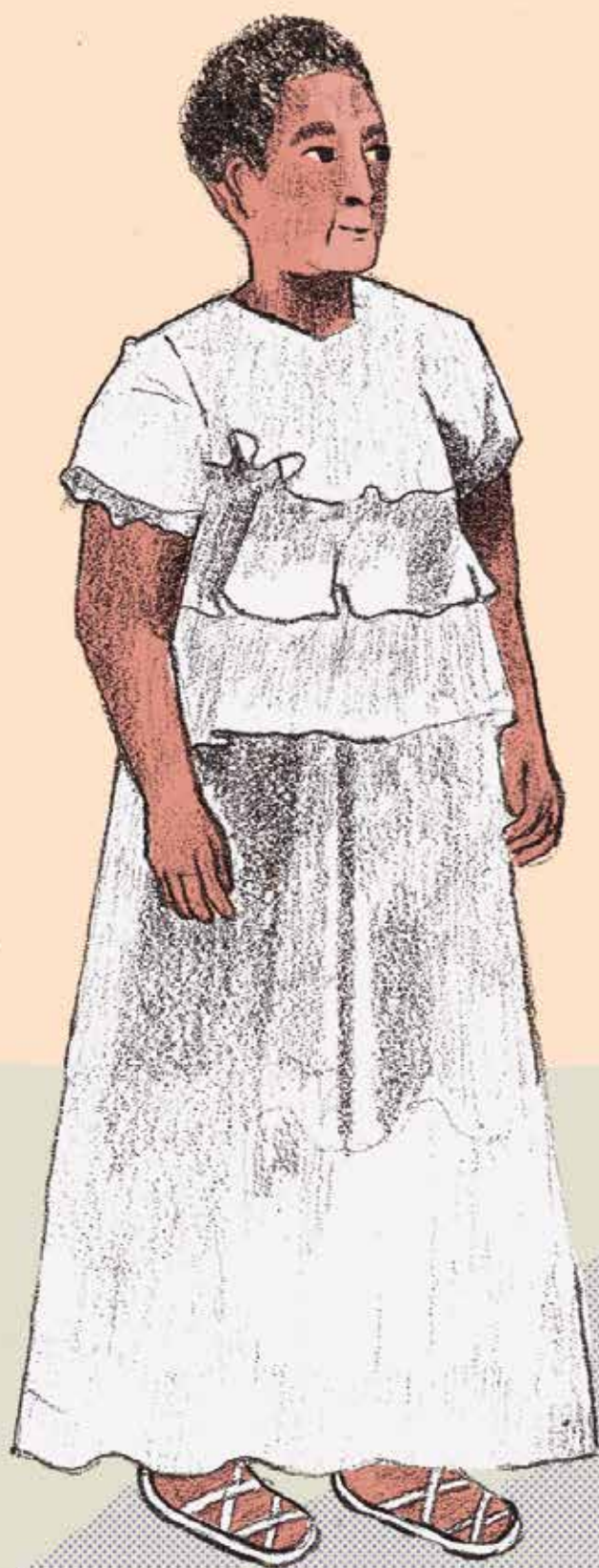
También es importante destacar que en épocas anteriores, la mortalidad infantil era más común que hoy. Por lo tanto, los casos en los que se reúnen para entonar un gualí son eventos que ocurren con menor frecuencia en la actualidad.

Más allá de su significado inherente, los gualíes cumplen un papel unificador dentro de los rituales fúnebres afrochocoanos. Si bien cada elemento tiene sus propios simbolismos asignados, el conjunto de prácticas mortuorias teje un tapiz que refuerza creencias, valores comunitarios y mecanismos para elaborar el duelo. En esta interrelación, los gualíes aportan una perspectiva positiva en la conmemoración de vidas cortas, al mismo tiempo que facilitan los procesos colectivos de sanación frente a muertes repentinas.

Los cantos sirven como vehículo para que la sabiduría ancestral brinde consuelo a los padres y perdure a través de las generaciones. También revitalizan otros elementos rituales al enfocarse en la alegría en lugar de la tristeza. De esta manera, se equilibran los matices emocionales de las ceremonias fúnebres, permitiendo expresar diferentes fases del duelo, desde el dolor por una pérdida irreparable hasta la reconfortante aceptación de que ese ser amado, descansa junto al Creador.

Foto: Germán Arango "Luckas Perro".





Los rezos

Capítulo tres





El velorio

“Padre, en tus
manos encomiendo
mi espíritu”.

El rezo que guía el alma en transición es el aliento espiritual de los ritos fúnebres. El fallecimiento de un ser querido es uno de los momentos más dolorosos y transformadores de la vida. En medio de la pena, la comunidad de Bojayá se aferra a la fe y encuentra fuerza en los rezos que envuelven el velorio. El velorio y los cantos fúnebres representan ese periplo crítico en que el alma se desprende gradualmente del mundo terrestre. A través de los rezos, la comunidad guía dulcemente al espíritu en tránsito, para que encuentre la luz, la paz y el sosiego eternos.

Según las creencias populares de Bojayá, cuando una persona muere su alma permanece vagando entre los vivos durante los nueve días posteriores a su deceso. Es por esto que apenas el difunto haya hecho su última exhalación, la comunidad se moviliza para iniciar el velorio y rezar por su descanso. Los cantos de alabao se alzan mientras el cuerpo está amortajado y acompañado por

los dolientes. Para la cultura Bojayaseña la muerte de una persona es un acontecimiento comunitario, y así se desarrollan todas las acciones, haciendo del acompañamiento como si el dolor fuera compartido. Por otra parte, las deudas espirituales de las personas (los pecados), son mediadas por los ruegos comunitarios: el colectivo intercede ante Dios por el descanso y subida al cielo de aquel que falleció, es decir, por el perdón de sus pecados.

Los himnos y plegarias continúan durante toda la noche, las voces se entrelazan en una súplica común: que el alma emprenda con tranquilidad su viaje al más allá. Y cuando despunta el alba, se entona el canto del “alabao” para despedir el alma del difunto, el cual dice así:

“Alabao sea Dios bendito
sea su santo nombre.
Por los siglos de los siglos,
amén, Jesús”.

Un conmovedor canto que resuena como un eco sagrado, marcando un momento de profunda trascendencia espiritual. Es la despedida final, en la que la comunidad encomienda el alma a la misericordia divina.

Luego, mientras el cuerpo es conducido a su última morada, la comunidad entera acompaña el cortejo entonando himnos fúnebres que impregnan de sacralidad el caminar procesional. Es el último trayecto del difunto entre los vivos, y los rezos lo cubren como un manto de protección.



2

El novenario: oraciones para elevar el alma



Tras el velorio viene el novenario, nueve días de rezos y cantos para purificar y elevar el alma del difunto. La comunidad se reúne cada noche para rezar el rosario y entonar cantos sagrados en torno a la tumba que se construye en el lugar donde se hizo el velorio.

Las voces se alzan al unísono, en una plegaria continuada que se funde en la oscuridad. Las lentas recitaciones del rosario, combinadas con los cantos fúnebres, crean un ambiente místico de comunicación entre el mundo terrenal y espiritual.

Según la espiritualidad popular de Bojayá, durante estos nueve días el alma del difunto sigue rondando entre los vivos. Cada parte del ritual de los novenarios tiene un significado especial. El rezo del rosario simboliza cómo las cuentas se suceden hasta alcanzar la vida eterna. Los cantos son como escalones que elevan gradualmente el espíritu. Las velas iluminan el camino.

Para la comunidad, el novenario trasciende lo puramente ceremonial y se convierte en un vehículo de conexión genuina con la divinidad y el más allá. Rezarle al difunto es indispensable para su bienestar espiritual. Sin estos ritos, las almas permanecen inquietas, vagando entre dos mundos. Cuenta la sabedora y rezandera Ereiza Palomeque.

El novenario también es un tiempo para recordar y homenajear al difunto. Se comparten anécdotas y recuerdos edificantes, pronunciados entre los asistentes a la novena, mientras juegan o cuentan historias alrededor de esta reunión. Es una manera de mantener vivo su legado y aferrarse a su esencia intangible.

Cuando llega la novena final o última noche, la comunidad se reúne para el ritual de levantamiento de tumba. En medio de rezos y cantos fúnebres, las velas y adornos florales que ornaban la tumba simbólica son retiradas gradualmente. Es un momento culminante de gran carga emotiva, en que el alma se libera definitivamente al reino espiritual.

El novenario representa la etapa final de purificación y elevación definitiva del alma. A través del fervor colectivo, la comunidad garantiza que el fallecido culmine su jornada terrestre y acceda limpio de ataduras a la vida eterna.



El poder sanador del rezo comunitario

Más allá de guiar a las almas difuntas, los rezos colectivos tienen un enorme significado para los dolientes en su proceso de duelo. La práctica de orar y cantar juntos genera un sentimiento de apoyo y solidaridad frente al duelo, que reconforta y sana.

En cada etapa del complejo ritual fúnebre, los miembros de la comunidad se unen espiritual y básicamente desde el velatorio nocturno hasta el novenario, hombro con hombro proclaman la fe que los sustenta ante la adversidad.

Orar al unísono tiene un efecto profundamente catártico. Las penas individuales confluyen en una corriente colectiva más grande, que reafirma los lazos comunitarios. Las voces individuales se diluyen en una sola voz que clama al cielo.



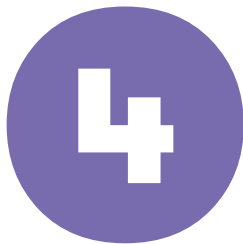
Es especialmente durante el pico emocional del levantamiento de tumba que el poder sanador del rezo colectivo se hace manifiesto. En medio del desconsuelo, la comunidad se aferra a los cantos sagrados como tabla de salvación. En ese ritual de despedida final, todos lloran y cantan como un solo cuerpo.

Y es que, en última instancia, el acto de rezar juntos trasciende las palabras en sí. Es una manifestación palpable de la unidad

y el amor que prevalecen incluso ante la devastación de la muerte. Es una promesa tácita de cuidarse mutuamente, de velar juntos por el bienestar espiritual.

De esta manera, el doloroso trance de la pérdida se suaviza al compartirlo en oración. El sufrimiento se disuelve y se transmuta en una energía que restaura la fe en la comunidad y en la vida. Rezar se convierte así en un acto de esperanza que cura el alma colectiva.

Foto: Archivo Comité 2 de Mayo.



Entre tradición y transformación

Si bien los rezos en los ritos fúnebres de Bojayá remiten a tradiciones ancestrales, también se han adaptado a las cambiantes realidades sociales. Tras vivir el trauma de la masacre del 2 de mayo de 2002, la comunidad ha compuesto nuevos rezos que reflejan su dolor y anhelo de paz, pero estos rezos sólo se interpretan en las conmemoraciones del 2 de mayo y en el entierro final.

En los cantos fúnebres se intercalaron estrofas que aludían a esta experiencia luctuosa. Los rezos pedían justicia por las víctimas, pero también fuerza para perdonar y reconstruir el tejido social. Así, los rezos se replantean no solo como súplicas por el alma de los difuntos, sino también por el alma colectiva herida de los vivos.

5

Los rezos más allá de la muerte: acompañamiento continuo



Para la comunidad de Bojayá, los lazos que unen a los vivos y a los muertos no se rompen con la partida física. A través de los rezos y ofrendas, se mantiene un canal de comunicación que traspasa el umbral de la muerte.

Es común que los dolientes continúen rezándole periódicamente al fallecido, aún después de finalizado el complejo ritual fúnebre. Estas oraciones representan un acompañamiento espiritual continuo, que conforta tanto a los vivos como a los muertos.

Los días 1 y 2 de noviembre, Día de Todos los Santos y Día de los Fieles Difuntos respectivamente, son fechas especialmente dedicadas a honrar la memoria de los ancestros con rezos y ofrendas florales en el cementerio. Algunas comunidades se movilizan para participar en estas ceremonias, que afirman la perdurabilidad del vínculo con aquellos que se adelantaron al más allá.

Incluso, hay quienes aseguran haber tenido experiencias cercanas con las almas de sus seres queridos a través de los sueños. Según relatan, sus difuntos los visitan en visiones oníricas y les hacen pedidos específicos de oraciones y ofrendas que deben realizar para ayudarles a ascender espiritualmente. Estos sueños se interpretan como señales desde la esfera de los muertos, y la comunidad cumple cuidadosamente con los rituales indicados.

De esta manera, mediante una comunicación que trasciende lo terrenal, los rezos y ofrendas fungen como vehículos de cuidado mutuo entre vivos y muertos. A través de estas prácticas devocionales, ambos mundos permanecen entrelazados y los lazos familiares siguen nutriéndose más allá de la vida física.



6

Tradición oral: transmisión de los rezos fúnebres

En Bojayá, los elaborados y extensos rezos fúnebres que articulan los rituales mortuorios constituyen una tradición transmitida oralmente de generación en generación. Son las abuelas y tías ancianas las principales custodias de esta sabiduría, aprendida de sus ancestros.

Ellas son las rezanderas, grandes conocedoras de las específicas oraciones y cantos que deben entonarse en cada momento culmen: el velorio, el entierro, los novenarios, el levantamiento de tumbas. Los rezos son largos y en su mayoría se recitan de memoria. La mayoría de estos no están escritos.

Los rezaderos inician su labor para cuando se necesite y la muerte reclame algún miembro de la comunidad, llegan al velorio para que vayan familiarizándose con los rezos y cantos fúnebres. Allí se observa y se escucha atentamente cómo las mujeres o los hombres mayores guían el solemne ritual.

Poco a poco las pequeñas comienzan a participar, primero contestando algunas frases cortas de los cantos y rezos. Con los años se van apropiando de rezos más extensos, hasta convertirse en expertas conocedoras de las palabras y melodías sagradas.

No sólo las mujeres aprenden estos rezos. También los niños absorben desde pequeños los cantos fúnebres y los rezos, que resuenan fuertemente en la memoria colectiva de Bojayá. Es una educación invisible, auditiva, que permea profundamente.

De esta manera, los cánticos y oraciones fúnebres se perpetúan de boca en boca, a través de las generaciones. Lejos de opacarse, estos rezos deben renovar su fuerza al ser asumidos por los más jóvenes, garantizando la continuidad de la tradición.





Las personas entrevistadas de las comunidades en su rol de rezanderas y cantoras de alabaos, enfatizan que esta costumbre proviene de sus ancestros y “tatarabuelos”. Por lo tanto, mantenerla viva implica honrar ese legado y sentirse parte de un linaje cultural que trasciende el tiempo. No es solo una forma de despedida, sino una responsabilidad con el pasado y el futuro de Bojayá.

Así también, la tradición tiene un componente de catarsis emocional colectiva. Los lamentos cantados durante los velorios y novenarios, los rezos en la etapa de levantamiento de tumbas y velorios permiten canalizar socialmente la pena que produce una muerte. Se comparte entre todos, se aliviana. Este apoyo mutuo en momentos de profundo dolor también refuerza los lazos comunitarios, la noción de una identidad única frente a la adversidad.



7

El poder transformador del rezo

Más allá de peticiones puntuales, el verdadero poder de los rezos reside en su capacidad de transformar internamente a quien los pronuncia. Rezar modifica la esencia del ser, al conectarlo con su dimensión trascendente.

Cuando la comunidad de Bojayá se reúne fervorosamente a rezar y cantar en torno a sus muertos, no sólo está guiando y honrando a las almas difuntas. También está activando y fortaleciendo su propia fe, la cual le permite transmutar el dolor en esperanza.

El rezo lo engrandece, le permite reconocer que la partida física no es el final absoluto. Le ayuda a entender la muerte como parte de un ciclo eterno, en el cual la vida cambia de forma, mas nunca se extingue.

Desde esta perspectiva expansiva, la muerte ya no es motivo de separación irreparable, sino de reencuentro en un plano inmortal de existencia donde el amor que se profesan los seres queridos permanece incólume.

Cuando la comunidad logra este estado de conciencia elevada, el duelo se sobrelleva de forma más ligera. La pena se suaviza, se vuelve por momentos gozosa celebración de una vida plena, en lugar de dolorosa aflicción por su extinción.

De esta manera, el verdadero milagro del rezo no está en obtener resultados concretos. Radica en su poder de transformar las actitudes internas, para transmutar el sufrimiento en sabiduría. Rezar con fe desplaza las fronteras de lo posible e ilumina un sentido que trasciende la transitoriedad de la existencia humana y vela por la continuidad de los rezos fúnebres. En una época dominada por tradiciones globalizadas, los cantos y rezos fúnebres de Bojayá siguen resonando como reliquias vivas.



8

Los rezos en el velorio y novenario en las tradiciones fúnebres de Bojayá

La cultura fúnebre de la comunidad afrodescendiente de Bojayá en el Chocó está profundamente influenciada por sus tradiciones espirituales y un componente fuerte de la fe católica. Los rezos y cantos religiosos hacen parte fundamental de los rituales que se llevan a cabo cuando muere una persona de la comunidad.

El día del velorio, que es el tiempo que transcurre entre la muerte y el sepelio, es donde el difunto es velado en su casa. En éste se rezan **cinco rosarios** a diferentes horas de la noche y la persona encargada de guiar estos rezos es el rezandero o rezandera, cuya responsabilidad es permanecer despierto toda la noche dirigiendo las oraciones al fallecido.

8:00 p.m. | Primer rosario

Para dar comienzo se prenden **cuatro velas** en la tumba, y una al pie del Cristo, para darle la apertura a los rezos, que tienen su inicio con un alabao que es el “Santo”. Después se inicia el primer rosario a las 8:00 p.m

El rezandero convoca a los presentes e inicia el rezo del rosario completo, que consta de los **4 misterios**. Las personas participantes van respondiendo en voz alta las oraciones. Al terminar, las mujeres entonan los cantos fúnebres, que son los alabaos.

10:00 p.m. | Segundo rosario

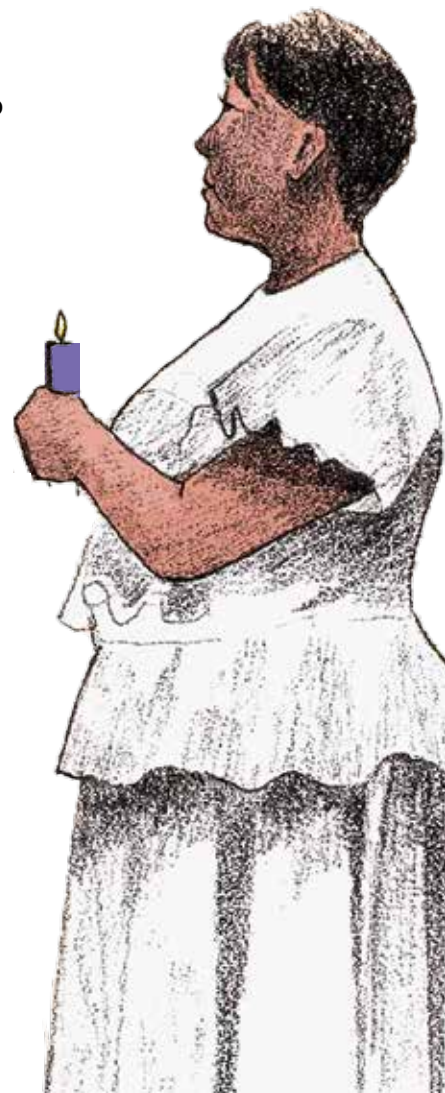
Hasta llegar la hora del segundo rosario, que es a las 10:00 p.m. se hace una pausa en los cantos y se procede a rezar el segundo rosario de la noche, nuevamente dirigido por el rezandero o rezandera. La estructura es la misma: **se reza el rosario completo y luego se retoman los alabaos.**

12:00 a.m. | Tercer y cuarto rosario

El tercer rosario es a las 12:00 a.m. se dirige el rezo, las alabaoras retoman sus cantos y así hasta el cuarto rosario a las 2:00 a.m. Se finaliza y vuelven los alabaos.

3:30 a.m. | Quinto rosario

Finalmente, entre las 3:30 a.m. y las 4:00 a.m. se realiza el quinto y último rosario de la noche de velación. **Éste cierra la parte más intensa de la oración dentro de la ceremonia.** Y así continúan los cantos hasta el amanecer.



Por otro lado, en los días previos al entierro se realizan las **novenas**, que como su nombre lo indica son nueve días de rezos que procuran por el descanso del fallecido. Dan inicio el día del entierro y **en cada novena se sigue una estructura de oraciones menos compleja que en el velorio**:

A las 6:00 p.m. se reza un **Ave María corto**.

Luego a las 8:00 p.m. comienza la novena formal, donde se rezan **rosarios más sencillos y con menos misterios** que en el velorio y así sucesivamente hasta completar las nueve noches de rezos.

Finalmente, en la última novena conocida como el “**levantamiento de la tumba**”, se hacen rosarios más extensos y con más oraciones, **similar a un velorio**, pero sin el cuerpo presente, solo ante la infraestructura que se decidió realizar la cual también es llamada tumba, donde se cree que aún habita el espíritu del difunto.

Esta es la despedida final y culmen del proceso ritual de la muerte: a las **5:00 a.m. se realiza el levantamiento de la tumba**, este se acompaña con un rezo cantado que se llama el **hermanito devoto o la maunifica**. Es un momento muy fuerte porque es cuando se despide el alma del difunto, en este momento los llantos y lamentos se sienten, de una manera más intensa, los dolientes le dan la **despedida final al alma del difunto**.



Foto: Archivo Comité 2 de Mayo.

Hermanito devoto y la Maunifica

Los rezos y cantos espirituales tienen un profundo significado para la comunidad de Bojayá: son una forma de acompañar al difunto en su partida, elevar plegarias por su alma, y encontrar consuelo ante la pérdida de un ser querido. El o la rezandera guía y concita estos momentos de profunda espiritualidad como parte esencial de la cultura fúnebre de la región.

Maria Ereiza Palomeque es una rezandera que cuenta que aprendió de su padre, Rangel Palomeque de Río Quito. Ereiza lo acompañaba cuando él cumplía sus labores como rezandero, cuando él vivía, ella solo acompañaba y trataba de aprender. Cuando él ya no estaba, no había rezandero en la comunidad de Pogue, entonces tomó su cargo para exponer su legado. Se expresa una sensación de orgullo ya que:

“el cantar y rezar es una forma de aliviar las culpas y pecados que la gente tiene de acá para llevárselo al cielo”,

expresa María Ereiza Palomeque.

Es la forma de organización de un ritual que se hace con mucho amor, cariño y respeto para la despedida.

El papel de la o el rezandero tiene una característica de responsabilidad innegable que recae sobre él o ella **para cuidar esos rezos que ayudan a dar un orden al velorio y a procurar un descanso para el alma que yace en el ataúd**, en algunos casos como los de Ereiza que es rezandera y también alabaora, no descansan en toda la noche ya que su rol es de mayor compromiso y debe procurar quedarse en vela. Es una labor exigente, pero de gran importancia espiritual para la comunidad.

Todos los rezanderos cargan su rosario para ir contando las Avemarías, de este modo siempre se está pendiente para que no se pase la hora de cada rosario. Se dice que para cuando se levanta la tumba a las 5:00 a.m.

En el caso de la última novena, se dice que esa es la hora en donde debe salir el alma, cuando nadie vea su sombra por ahí, en caso de tener la luz prendida se debe apagar porque cuando ya está clarito, esta alma puede ser descubierta.

Es lo que expresan los rezanderos y sabedores de la tradición.



Proceso de la construcción y levantamiento de tumbas

Capítulo cuatro

La construcción:

El proceso de construcción de una tumba comienza con la meticulosa selección del lugar donde será erigida. En algunas ocasiones se hace en la sala de la casa de la familia del difunto, aunque en la actualidad la mayoría de las tumbas se construyen en el mismo lugar donde se coloca el cuerpo del difunto durante el velorio. La ubicación exacta aún se considera importante para mantener la armonía espiritual. Una vez identificado el sitio, comienza formalmente la construcción utilizando palos, ramas, tablas o cantoneras, que se entrelazan para crear una estructura base que luego será decorada y mejorada.



Según lo expresado por algunos entrevistados en los diferentes grupos focales realizados para la investigación, las tumbas suelen tener una forma piramidal de varios niveles, con tres lados visibles desde el exterior. La cantidad de niveles o “pisos” que se incluyen puede variar dependiendo de los gustos de la familia y por la importancia simbólica de honrar al fallecido. No hay una convención estricta sobre la altura de la tumba.

Una vez levantada la estructura de palos, inicia la ornamentación propiamente. Se agregan cintas y rosas, flores naturales o artificiales para embellecer la construcción. Luego se cubren botellas de vidrio, con papel

o tela, y en su interior se coloca una vela que será encendida en el ritual. La cantidad de flores y velas dependerá del tamaño de la estructura y los deseos estéticos de la familia, buscando que la tumba se vea “bien adornada”, como lo relata Oneida Orejuela del grupo de alabaoras Voces de resistencia de la comunidad de Pogue.

Otros elementos característicos son las coronas, elaboradas manualmente con flores o compradas, las cuales se colocan alrededor de la tumba como un símbolo de la transición de la vida a la muerte. Su forma circular representa el ciclo infinito de la existencia que no tiene fin, incluso cuando una persona fallece.



El levantamiento

Este se realiza en la última novena, la que se hace en la noche número nueve. Luego de permanecer despiertos toda la noche después del velorio, llega el momento del levantamiento de la tumba, después de los rezos en el mismo orden que se realizó en el velorio, el cual es cada dos horas, acompañado luego de culminar con los alabaos. Este ritual de levantamiento debe ser generalmente a las 5:00 a.m., cuando aún está oscuro. Quienes dirigen el levantamiento entonan un rezo cantado que se llama **“Hermanito devoto”**, después pueden entonar otros cantos como alabaos, plegarias o canciones funerarias conocidas por los expertos locales.

El objetivo es retirar, uno por uno, todos los elementos materiales que se han agregado a la tumba. Con gran cuidado y en medio de los cantos fúnebres, se comienza el proceso de apagar las velas, desprender las flores y desarmar la estructura de base. Todo esto se realiza con sumo respeto, reconociendo la carga emotiva que tiene culminar este adiós.



Foto: Archivo Comité 2 de Mayo.

Según relatan algunos habitantes, en el pasado este ritual incluía una plegaria especial más popular en ese tiempo, llamada **“la Maunifica”**, la cual era entonada por una persona designada mientras apagaba las velas con sus propios dedos, en la mayoría de los casos, la o el rezandero. Cuando se van retirando cada elemento, los sollozos van aumentando, el levantar la tumba, el quitar las cajas, las botellas, la tela, las flores, anuncian que la noche ha acabado y que es hora de decirle adiós a aquel difunto.

Al dismantelar la tumba se reafirma que la vida se fue, ahora es parte de la memoria colectiva que habita en sus familiares, en sus vecinos, en su pueblo: ha llegado a su etapa final. Es un acto de amor desprenderse de los objetos materiales, pero no del recuerdo y cariño que persiste en los corazones de los vivos. Por último, el cuidado en cada detalle transmite un mensaje de gran afecto, honor y gratitud. Se demuestra que su partida genera un vacío doloroso para la familia, y que siempre será recordada como parte de esa familia o de la comunidad. La tumba es así un símbolo eterno del amor que se le tuvo en vida, y que ni la muerte puede desvanecer.

Foto: Archivo Comité 2 de Mayo.



Si bien existen lineamientos culturales claros sobre la construcción y levantamiento de tumbas, también hay espacio para que cada familia le imprima un sello único acorde a sus tradiciones y la personalidad del fallecido. Estas variaciones pueden ser similares o muy distintas pero no se separan de la dignidad auténtica y particular de Bojayá.

Así también, a nivel familiar pueden preferir ciertos colores de flores, tipo de coronas o diseño de la construcción, que identificaban especialmente al difunto. Hay libertad para personalizar la tumba de forma tal que destaque los gustos, valores y recuerdos más preciados de la persona fallecida. En cierta forma, es una externalización física de su esencia.





La sepultura

Capítulo cinco

La sepultura y disposición final de los cuerpos

El entierro y disposición final de los cuerpos evidencian el respeto de esta comunidad por sus muertos. Aquí se explorarán los diferentes métodos de sepultura, las razones detrás de ciertas prácticas, y cómo estas tradiciones se han mantenido pese a todas las dificultades.

Tipos de sepultura

Existen tres formas principales para sepultar a los muertos en Bojayá: **la rotura, la bóveda y la mixta.**

Los entierros en tierra directa o rotura, como se le llama en Bojayá, también conocidos como inhumaciones tradicionales, son un método antiguo y común de enterrar a los difuntos. En este tipo de entierros, el cuerpo o los restos son colocados directamente en el suelo, sin la protección adicional de una bóveda o cámara construida. **Este proceso implica los siguientes pasos:**



Se realiza una excavación en la tierra, generalmente a una profundidad de entre 1,5 y 2 metros, o siete pies, como lo dicen los sabedores de la comunidad, con las dimensiones adecuadas para acomodar el ataúd o urna funeraria.



En algunas tradiciones se puede colocar una capa de material absorbente como arena en el fondo de la fosa para facilitar el drenaje y la descomposición.



El ataúd o urna que contiene los restos se coloca cuidadosamente en la fosa.



La fosa se cubre con la tierra previamente excavada, formando un montículo o lápida sobre la superficie.



Finalmente se le pone una cruz de madera como marcación y al cabo de un año las tumbas se marcan con una lápida, monumento u otro tipo de señalización para identificar al difunto.

Para la construcción de la bóveda se realiza una excavación en el suelo a la profundidad y dimensiones deseadas. Se construye una base sólida de hormigón o material similar en el fondo de la excavación para soportar el peso de la bóveda y su contenido. Se levantan las paredes de la bóveda utilizando bloques de hormigón, ladrillos o piedra. Las paredes suelen tener un espesor considerable para proporcionar resistencia estructural. Se construye un techo abovedado sobre las paredes, también con materiales duraderos como el hormigón armado. Se deja una abertura o puerta en uno de los lados de la bóveda para permitir el acceso e introducir el ataúd. Una vez colocado el ataúd, la entrada se sella herméticamente con hormigón o una losa para evitar la entrada de agua, aire o cualquier otro elemento externo.

Se marca con el nombre y la fecha en la última abertura que se construye y al cabo de un año se le pone una lápida generalmente de mármol u otro material donde va la foto de la persona y el nombre y las palabras que la familia le desee dedicar. Por último, un entierro mixto combina elementos tanto de las bóvedas funerarias como de los entierros en tierra directa. **Este tipo de enterramiento implica los siguientes pasos:**

Se realiza una excavación en la tierra, similar a un entierro tradicional, pero con mayores dimensiones para acomodar una estructura adicional. En el fondo de la fosa, se construye una base de hormigón o material similar para servir de cimiento para la estructura. Sobre la base, se levantan paredes de bloques de hormigón, ladrillos, formando una cámara parcial o semibóveda. Esta cámara suele tener una altura menor que una bóveda completa. El ataúd o urna que contiene los restos se coloca dentro de la cámara parcial.

Se construye un techo o cubierta sobre la cámara, utilizando losas de hormigón, piedra u otro material resistente. El espacio restante de la fosa se rellena con la tierra excavada, cubriendo parcialmente la cámara construida. Se le pone una cruz de madera y al cabo de un año se coloca una lápida, monumento u otro tipo de señalización sobre la tumba. Al contar con una cámara parcial construida, esta combinación ofrece cierta protección adicional a los restos, comparada con un entierro en tierra directa. Sin embargo, no proporciona el mismo nivel de aislamiento y durabilidad que una bóveda completa. Los entierros mixtos pueden ser una opción más asequible que una bóveda tradicional, al tiempo que ofrecen cierta protección adicional.



Orientación de la disposición final

En las tradiciones chocoanas y en Bojayá la orientación del cuerpo en la tumba tiene un significado especial: La cabeza del difunto se coloca generalmente apuntando hacia el este, hacia donde nace el sol. Esto simboliza el renacer en otra vida. Los pies del difunto se orientan hacia el oeste, hacia donde se pone el sol, representando el final de su vida terrenal. Esta orientación este-oeste, está relacionada con las creencias chocoanas sobre la vida y la muerte, donde el ciclo de la vida se representa a través del recorrido del sol y el retorno a la tierra de donde vinieron.

Es importante respetar estas tradiciones milenarias y seguir los protocolos establecidos por las comunidades durante el proceso de entierro, ya que reflejan la cosmovisión y su profunda conexión con la naturaleza.

Razones detrás de las prácticas

La relativa profundidad tanto de las roturas como de las bóvedas se debe a la creencia de que esto facilitará la descomposición completa del cuerpo, sin emanaciones de olores ni vapores hacia la superficie. Esto se relaciona con el concepto del más allá y el deseo de paz eterna para el difunto.

Se evita también depositar el ataúd directamente sobre la tierra para mostrar más respeto al cuerpo. Todo el ritual denota la importancia que se le da a acompañar apropiadamente a los muertos en este viaje al más allá.



Foto: Germán Arango "Luckas Perro".



Narrativas y credos

Capítulo seis

Foto: Germán Arango "Luckas Perro".



En la cosmogonía de Bojayá se encuentran diversas creencias que han influido ancestralmente en la forma en que sus habitantes comprenden la muerte y los rituales asociados a ella. Estas narrativas, que abarcan leyendas sobre el origen de tradiciones y conceptos sobre la vida después de la muerte, tienen un impacto significativo en las prácticas fúnebres que todavía distinguen culturalmente a estas comunidades.

Orígenes

Una de las creencias de origen más conocidas en Bojayá está relacionada con el surgimiento del canto fúnebre conocido como **“el alabao”**. El relato sugiere que los cantos fúnebres tienen como propósito principal **“apaciguar el dolor”** ante la muerte de un ser querido.

Según las creencias, cuando una persona fallece, su espíritu permanece cerca del cuerpo y sufre al ver el sufrimiento de sus familiares. Por eso se entonan alabaos: para consolar tanto a los vivos como a los difuntos en su transición al más allá, permitiendo que el alma finalmente abandone su cuerpo.

Foto: Jose de la Cruz Valencia.



De Vida y Muerte

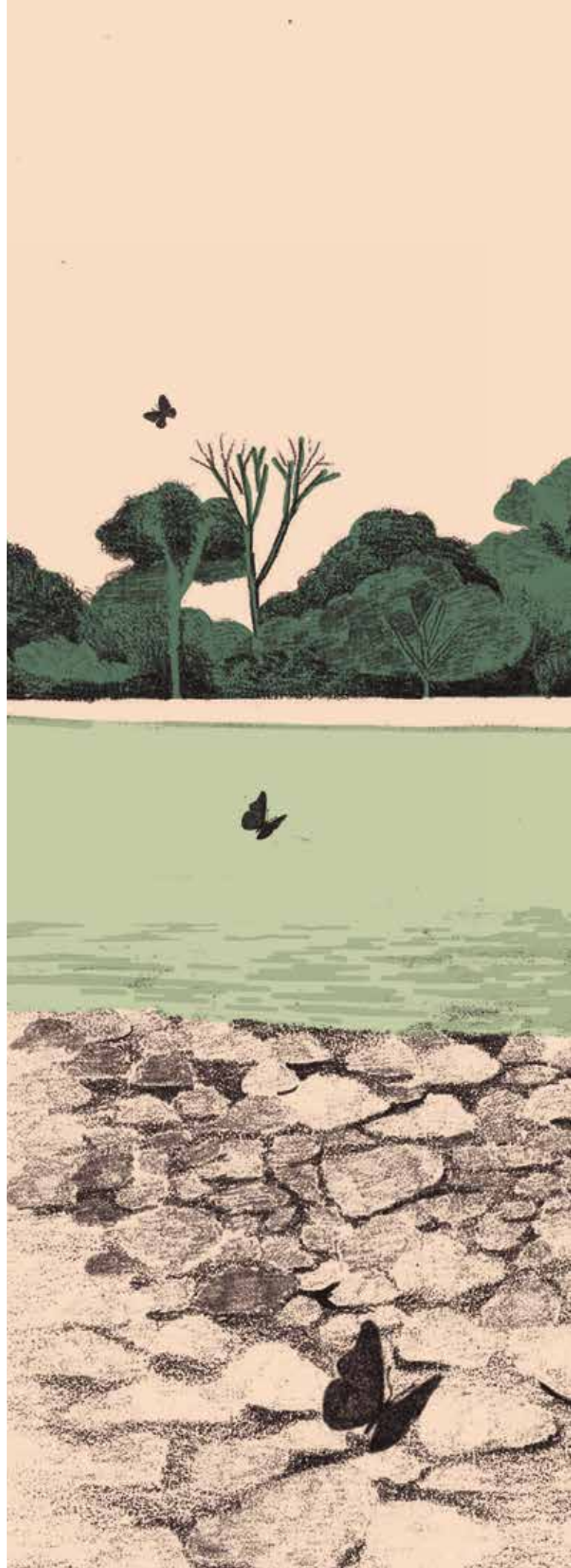
En Bojayá existe una arraigada creencia espiritual, la cual está basada en que la vida continúa en otro plano después del fallecimiento físico. Se considera que los espíritus de los antepasados fallecidos pueden estar presentes, guiando y protegiendo a sus descendientes durante los rituales.

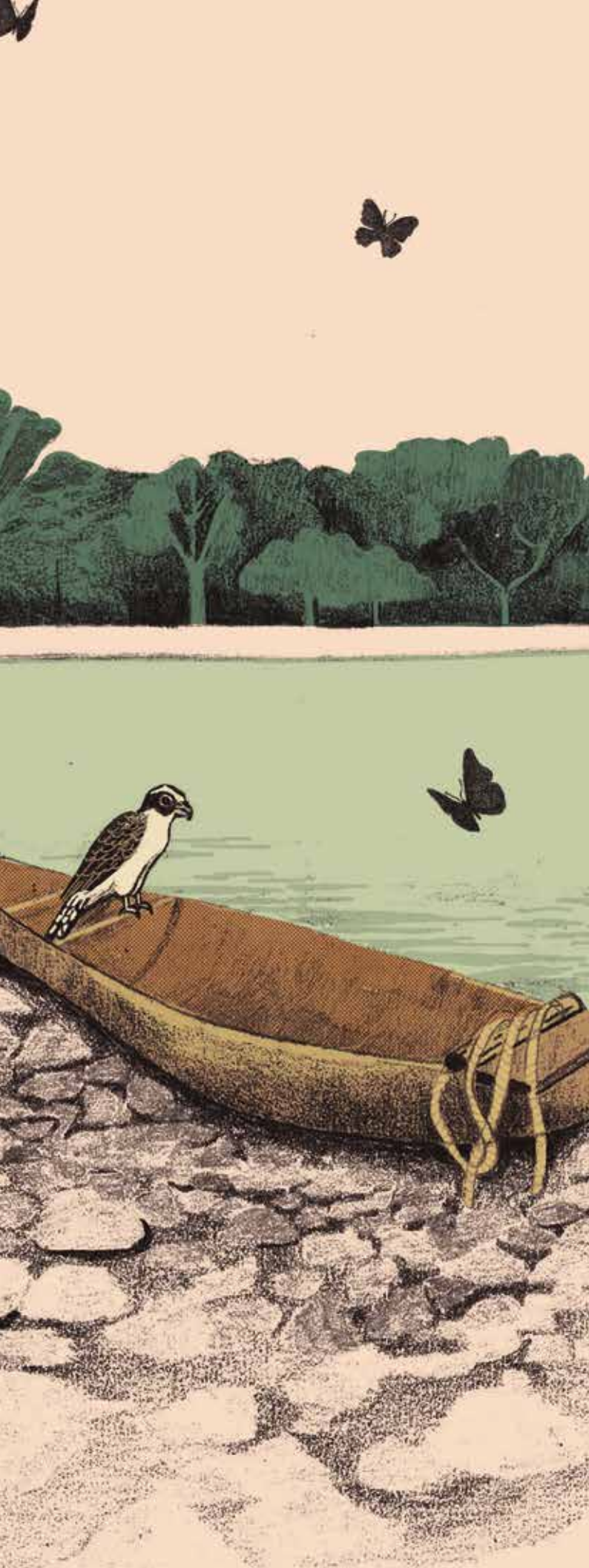
La muerte no tiene una connotación trágica o tabú, sino que se entiende como parte de ciclos naturales existenciales que incluyen también el nacimiento y la renovación.

Ana Torivia Romaña, alabaora de la comunidad de Puerto Conto, cuenta que

*“uno nace y aprende,
luego viene la muerte”.*

Es decir, es concebida como una etapa más dentro del orden cósmico.





Incluso el proceso de construcción y levantamiento de tumbas, más allá de su función práctica, perpetúa esta creencia de que la vida simplemente se transforma, pero nunca desaparece. El entierro y los cantos funerarios permiten

*“entregar el cuerpo
a la tierra”,*

mientras que el espíritu migra a otro nivel de existencia.

Influencia en Rituales Fúnebres



Foto: Jose de la Cruz Valencia.

Estas perspectivas sobre la muerte y la vida después de ella influyen directamente en varios rituales asociados al proceso de duelo en Bojayá. Por ejemplo, **las plantas medicinales y los cantos tradicionales** utilizados para preparar el cuerpo del difunto cumplen una doble función, limpian tanto física como espiritualmente al difunto para su descanso final.

La ornamentación de las tumbas con flores, coronas y mensajes para el difunto está profundamente ligada a la idea de que este lugar representa un portal hacia el más allá, siendo la última morada terrenal antes del gran viaje final.

Símbolos en las premoniciones

Dentro del complejo mundo relacionado con las creencias en Bojayá, abundan diversos símbolos, señales y premoniciones que se interpretan como augurios del destino, especialmente en relación con la vida y la muerte.

La aparición de una **mariposa negra** revoloteando cerca o dentro de una casa se considera un presagio de la muerte próxima, de uno de los habitantes del pueblo o alguien cercano en la familia donde fue vista la mariposa.

Mariposa Negra



Del mismo modo, el canto agudo del ave llamada “**Guaco**” (el halcón reidor) es considerado un mal presagio cuando se relaciona con una desgracia o fallecimiento, que ocurrirá a corto plazo dentro de la comunidad. Por su tono lastimero, los pobladores creen que este pájaro está “llorando” ante la tragedia que se avecina.

Guaco



La comunidad también interpreta señales relacionadas con **la lluvia** y su significado cuando una tormenta coincide con la muerte de un miembro de las comunidades. La llegada del agua representa la tristeza y la ausencia sentida por la tierra ante la pérdida, reflejando la idea de un pueblo que está llorando: la naturaleza lo siente y lo expresa de esta manera según estas creencias; este fenómeno se interpreta como una manifestación premonitrice de un dolor colectivo que anticipa una futura pérdida que se aproxima en la comunidad.

La lluvia



Ahora bien, se cree que algunas personas de la comunidad que tienen especial clarividencia afirman poder **anticipar eventos infaustos** relacionados con la muerte debido a experiencias oníricas y premonitriceas. Ya sea soñando repetidamente con un vecino, previo a su deceso, o mediante intuiciones en estado de vigilia; se cree que ciertas personas pueden saber del destino que aguarda a sus conciudadanos.

Sueños - Intuición



Estas creencias y experiencias extrasensoriales relacionadas con la muerte se entrelazan con las prácticas funerarias posteriores, otorgándoles un significado espiritual más profundo. Cuando finalmente ocurren las tragedias anticipadas, la comunidad siente una certeza mística de estar cumpliendo con un designio cósmico marcado por las fuerzas o destinos divinos que guían el curso de los acontecimientos.



Adaptación de las Creencias

Aunque el núcleo central de las creencias fúnebres de Bojayá permanece estable de generación en generación, también ha habido procesos de adaptación debido a influencias externas. Con la llegada de iglesias cristianas evangélicas o protestantes, ciertas creencias originales fueron resignificadas al fusionarse sincréticamente con elementos católicos.

Además, la dolorosa experiencia del conflicto armado y las masacres recientes en Bojayá han enriquecido el panteón mítico de la comunidad con nuevos relatos que ayudan a reinterpretar el sufrimiento colectivo. Surge así el concepto de “leyendas de resistencia”, un corpus mitológico renovado que integra la violencia política en el contexto colectivo.

Al mismo tiempo, muchos jóvenes de Bojayá han emigrado a centros urbanos dentro y fuera de Colombia. Al regresar, traen consigo nuevos conceptos culturales que se entrelazan con las creencias ancestrales de sus mayores. Todo esto refleja una mitología viva y dinámica, que evoluciona y adopta elementos de la modernidad sin perder su esencia, pero sí transformándola.

El mundo mítico de Bojayá en torno a la muerte, con su rica imaginería de símbolos y augurios, se mantiene sólido como eje fundamental de la identidad colectiva. Actúa como una fuente espiritual que otorga significado a la fugacidad de la vida que se escapa inexorablemente entre las manos.

Nos recuerda que no estamos solos en el universo, ya que nos acompañan aquellos que han emprendido el viaje antes que nosotros.

Proceso de Acompañamiento: chistes, juegos y recuerdos

El humor como apoyo

En Bojayá, el humor cumple un rol integral durante los ritos fúnebres. Más allá de una falta de respeto, contar chistes y reír juntos en medio del velorio ofrece un respiro momentáneo de la abrumadora carga emocional. Permite a los dolientes reír entre lágrimas, liberando tensiones acumuladas y encontrando consuelo en la risa compartida.

Los chistes suelen girar en torno a anécdotas del fallecido, recordando con cariño sus excentricidades y celebrando su legado con risas. Incluso se cuentan chistes sobre la muerte misma, con un humor negro que sirve como válvula de escape ante lo trágico. Las carcajadas colectivas sin llegar a ser exageradas unen a la comunidad en su dolor, reafirmando los lazos frente a la pérdida.

Foto: Jose de la Cruz Valencia.



Juegos para sobrellevar el tiempo

Es también común observar a los dolientes participantes en sencillos juegos de mesa durante los velorios prolongados. Jugar cartas, dominó o parqués cumple una función catártica similar al humor: otorga un receso distractor del pesar, reinventando por momentos la atmósfera lúgubre, dando así un respiro.

Los juegos de azar y estrategia como la chimpa generan incluso apuestas amistosas, provocando risas cuando alguien pierde. La conversación fluye con naturalidad

alrededor del juego, facilitando la expresión de emociones y recuerdos. El ambiente distendido fortalece los vínculos entre los participantes, brindando consuelo en la compañía.

Estos pasatiempos compartidos demuestran la capacidad de resiliencia de la comunidad para transitar el duelo. Logran encontrar alivio en medios lúdicos sin desatender el respeto por sus muertos, integrando el humor y el juego como elementos clave del acompañamiento.

Foto: Archivo Comité 2 de Mayo.



Otra forma de brindar apoyo emocional durante los velorios es compartir historias y recuerdos de los fallecidos. Recordar en voz alta se convierte en un acto casi espiritual, afirmando que la memoria y legado del difunto permanecerán vivos.

Los dolientes narran anécdotas, compartiendo retazos de la vida del fallecido. Rememoran momentos felices, tristes, graciosos o impactantes, tejiendo con sus palabras la narrativa completa de una vida. Al verbalizar estas vivencias comunitarias, el espíritu del difunto sigue presente incluso ante su ausencia física.

Estas memorias colectivas también sirven para reír y llorar en comunidad, desahogando emociones contenidas. El acto de rememorar en sí mismo es sanador, validando sentimientos de pérdida al tiempo que se celebra la singularidad del ser querido.

Los lazos comunitarios se refuerzan al compartir un pasado común, recordando juntos a quien ya no está. Estas conmemoraciones orales mantienen viva la presencia del fallecido en la memoria colectiva, transmitiendo su legado a futuras generaciones.



Adaptación al Conflicto Armado en el pueblo Bojayaseño

Capítulo siete

Tras la masacre del 2 de mayo de 2002 y el recrudecimiento del conflicto armado en Bojayá, los cantos fúnebres tradicionales, conocidos como alabaos, se vieron influenciados y evolucionaron hacia nuevas composiciones que abordan esta problemática.

Las integrantes del grupo Voces de Resistencia han creado alabaos que, en palabras de Mariceth Pino Chaverra,

“divulgan, denuncian, dan a conocer al municipio, al departamento, y por qué no, al mundo entero, para que ellos sepan lo que nosotros vivimos en el territorio”.

Han servido como mecanismo de expresión y resistencia cultural ante la violencia.

Estos nuevos cantos llenos de significado reflejan poéticamente temas como las desapariciones forzadas y asesinatos de líderes sociales, entre otros flagelos de la guerra. Un verso de un alabao autóctono de Bojayá se expresa de manera conmovedora:

“estamos aquí en la iglesia sólidos de corazón, y los que hicieron el daño no sienten ningún dolor”.

Transformaciones y amenazas a las prácticas rituales

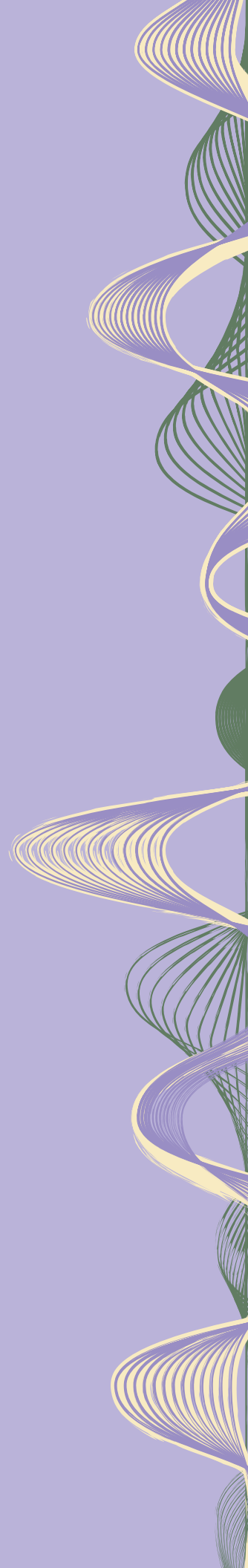
Aunque los alabaos continúan resonando en las noches fúnebres del Chocó, su supervivencia enfrenta serias amenazas producto de cambios sociales abruptos. Por una parte, el desplazamiento hacia zonas urbanas, que ha quebrado dinámicas comunitarias necesarias para su transmisión oral de generación en generación.

Ante esto, las alabaoras han emprendido una loable labor de difusión, registro audiovisual y concientización sobre la necesidad de preservación. Los alabaos encarnan toda una cosmovisión ancestral en torno a la muerte, que no debe desaparecer, así como el poder sanador del canto para mitigar el dolor colectivo, que sigue más vigente que nunca en tiempos de violencia prolongada. De ahí la imperiosa labor de revitalizar estas melodías sagradas que durante generaciones han sido guardianas de la memoria afrochocoana.

Afectaciones a la Tradición Fúnebre de Bojayá

Las comunidades afrodescendientes de Bojayá han desarrollado a lo largo de generaciones complejos rituales y tradiciones alrededor de la muerte y el proceso de duelo. Estas prácticas, transmitidas oralmente y enriquecidas con el paso del tiempo, se han convertido en pieza fundamental de la cultura e identidad de esta región.

A pesar de los desafíos que han enfrentado las tradiciones fúnebres de Bojayá, como los profundos cambios sociales, culturales y económicos, así como el impacto del conflicto armado, es importante destacar que incluso en los momentos más difíciles de este conflicto, estos rituales nunca han dejado de practicarse. A pesar de la violencia, estas tradiciones han persistido. No obstante, estos factores han provocado modificaciones, simplificaciones e incluso pérdidas en el complejo ritual fúnebre de Bojayá, lo que representa tanto desafíos como oportunidades para redefinir y dar nuevo significado a estas tradiciones ancestrales.





Cambios y desafíos en la tradición fúnebre

Las transformaciones económicas y sociales experimentadas por Colombia en las últimas décadas han significado cambios importantes en la estructura social y las dinámicas culturales de Bojayá. La migración, la escolarización, la incursión de nuevas tecnologías de la información y la influencia de expresiones culturales globalizadas han impactado las formas tradicionales en que estas comunidades abordan la muerte.

Uno de los cambios más notorios es la simplificación y reducción de los complejos rituales fúnebres que antaño se desarrollaban. Es el caso de los velorios que antes se extendían por la noche entera, con muchas personas o la mayoría del pueblo y que hoy se limitan a medianoche. En ocasiones hasta los familiares del difunto se acuestan a dormir y solo quedan los rezanderos y cantaoras. El proceso del novenario que anteriormente era casi obligatorio en las comunidades locales, y la elaboración de las tumbas que llevaba un día completo, hoy en día se ha vuelto más bien una elección familiar. Incluso en algunos casos, ante la escasez de recursos, se omiten por completo. Esta simplificación se debe en parte a limitaciones económicas para solventar rituales fúnebres.

Por otro lado, la migración. Muchos jóvenes que podrían encargarse de estos rituales han emigrado a centros urbanos en busca de oportunidades. Asimismo, quienes permanecen ya no cuentan con el tiempo disponible, anteriormente dedicado a la elaboración de estas tradiciones.

La escasa participación de las nuevas generaciones hace que su significado sea una pérdida gradual en cuanto a los conocimientos ancestrales en torno a estas prácticas. Los jóvenes muestran menor interés en aprender de sus mayores a officiar rituales, cantar alabaos o construir tumbas según la tradición. Preocupa a los ancianos, ya que muchos conocimientos transmitidos oralmente por generaciones pueden correr el riesgo de desaparecer.

Por otro lado, el contacto con otras expresiones culturales y religiosas, como la incursión de iglesias protestantes o evangélicas en la región, también ha afectado las ceremonias fúnebres. Las iglesias evangélicas introdujeron la idea de que son expresiones que no son bien vistas por Dios, buscando anularlas. Además, la industria musical promueve géneros foráneos, desplazando estas tradiciones vernáculas y ya se empiezan a escuchar rancheras y otros géneros musicales en algunos de estos rituales, algo que va transformando la cultura de manera abrupta.

Tras la trágica masacre del 2 de mayo de 2002, en la iglesia católica San Pablo apóstol de Bellavista, sus repercusiones se han hecho sentir en Bellavista y en toda la comunidad de Bojayá. Según los relatos de las alabaoras locales, muchas personas han optado por cambiar de religión en busca de una fe que les brinde protección y consuelo ante semejante tragedia. Este cambio religioso no solo ha sido visto como una forma de encontrar seguridad, sino también como una vía para afrontar y superar. Si bien estas influencias son integradas y reinterpretadas por la cosmovisión local son introducidas en variantes y resignificaciones al ritual ancestral.

No obstante, frente a estos desafíos, también se observan procesos de adaptación creativa de las tradiciones. Por ejemplo, las limitaciones económicas han impulsado el reemplazo de elementos suntuarios por recursos locales, como flores del entorno y sahumerios de plantas aromáticas. De la misma forma, ante la escasez de rezanderos, ahora las mujeres han asumido roles de liderazgo en los cantos fúnebres.

La comunidad demuestra capacidad de negociar estos cambios desde su propia matriz cultural, adaptando las tradiciones a nuevas realidades, a la vez que se esfuerza por mantener su esencia ritual como parte fundamental de su identidad y memoria colectiva.

Foto: Archivo Comité 2 de Mayo.



Foto: Archivo Comité 2 de Mayo.



2

Factores sociales, económicos y culturales

Los cambios descritos en la tradición fúnebre de Bojayá responden a múltiples factores tanto externos como propios de las transformaciones internas de estas comunidades rurales. Resulta importante analizar dichos factores para comprender a cabalidad este proceso.

Uno de los factores clave son los cambios demográficos, particularmente los fenómenos migratorios. La falta de oportunidades (educativas, laborales, salud y calidad de vida) y el conflicto armado han impulsado la migración de los jóvenes hacia centros urbanos. Esto no solo disminuye la mano de obra disponible para rituales comunitarios, también debilita la transmisión intergeneracional de tradiciones al marcharse quienes deberían aprenderlas.

Por otro lado, el contacto y las influencias culturales externas que trae consigo la migración, así como la creciente conectividad global, introducen nuevas concepciones y actitudes frente a la muerte, el duelo y las tradiciones locales. Los jóvenes, con mayor acceso a la educación formal y la información digital, cuestionan a veces el valor de los rituales ancestrales.

Igualmente influyen los cambios en la economía y estructura social de Bojayá. La menor dependencia de actividades agrícolas y el debilitamiento de la organización comunitaria erosionan las relaciones de reciprocidad y solidaridad que antaño sostenían los rituales. Asimismo, la carencia de recursos económicos dificulta la realización de ceremonias que demandan gastos significativos.

Estos factores externos se articulan de manera compleja con las transformaciones culturales propias de estas comunidades. Tal conjugación de elementos externos e internos en permanente redefinición da forma al proceso de adaptación de las tradiciones fúnebres, entre continuidades, resignificaciones y rupturas.

3

El conflicto armado y su impacto

Todo el complejo proceso de cambio social y cultural que experimenta Bojayá se ve excesivamente agudizado y deformado por el impacto desgarrador del conflicto armado en la región. Masacres, desplazamientos forzados, desapariciones y todo tipo de violencias han dejado una huella profunda en el tejido social y en la forma en que estas comunidades experimentan el dolor ante la muerte.

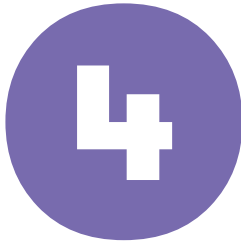
En primer lugar, la enorme pérdida de vidas humanas producto de masacres, enfrentamientos y desapariciones forzadas ha generado una acumulación de duelos abiertos que desestructuran los mecanismos culturales para elaborar el dolor. La imposibilidad de enterrar los cuerpos o llevar a cabo rituales fúnebres, sumada al trauma colectivo, fracturan los procesos de duelo.

El desplazamiento forzado de miles de personas también dispersa familias y comunidades enteras, arrasando con las redes de apoyo mutuo necesarias para afrontar el duelo. Asimismo, altera la relación con los territorios sagrados donde ancestralmente se realizaban los ritos fúnebres.

En este contexto, muchos rituales se ven interrumpidos o severamente limitados por el estado de amenaza e inseguridad. Los armados asedian y controlan los movimientos de la población civil, impidiendo incluso realizar procesiones fúnebres o asistir a velorios.

Foto: Archivo Comité 2 de Mayo.





Continuidades, adaptaciones y resignificaciones

En síntesis, la tradición fúnebre de Bojayá ha experimentado en las últimas décadas transformaciones importantes en respuesta a cambios sociales, migraciones, influencias culturales globales y el severo impacto del conflicto armado. Pero esta no es una cultura fija o inmutable, sino que se encuentra en adaptación permanente.

De este complejo proceso se desprenden pérdidas dolorosas, como la erosión de conocimientos ancestrales, el debilitamiento de redes comunitarias y la imposibilidad de llevar a cabo rituales reparadores para elaborar el duelo. No obstante, también se evidencian procesos creativos de resignificación de las tradiciones.

Prácticas como incorporar a las mujeres como cantaoras de alabaos y rezanderas o reemplazar elementos costosos de la ceremonia por recursos locales, muestran la capacidad de adaptarse a nuevas realidades. Asimismo, la composición de cantos fúnebres que narran el conflicto armado es una forma de reelaborar el duelo colectivo desde las propias raíces culturales.

La religiosidad popular, los cantos, los bailes y demás expresiones rituales conservan su relevancia entre las comunidades negras de Bojayá, aun cuando adoptan nuevas formas. Su espiritualidad y cultura les brinda armas para resistir y sobreponerse colectivamente incluso a experiencias tan devastadoras como el conflicto armado. Esta capacidad de reinención cultural permite garantizar la continuidad y trascendencia de sus tradiciones fúnebres.

La tradición fúnebre de Bojayá encarna la identidad, cosmología y principios vitales de estas comunidades negras. Aunque externamente pueda lucir como un folclore

pintoresco, cumple funciones sociales, culturales y espirituales profundas que la hacen indispensable.

Por ello, el cambio y los desafíos que esta tradición enfrenta interpelan también el corazón de estas culturas. Obligan a la comunidad a reflexionar sobre cómo adaptar y actualizar estas prácticas para las nuevas generaciones, en diálogo entre tradición y modernidad.

Los ritos fúnebres, más allá de permanecer idénticos, deben seguir cumpliendo su función catártica, de transmisión de conocimientos ancestrales y de cohesión social. Que adoptar

nuevas formas no implica necesariamente una pérdida, sino la capacidad de preservar su sabiduría adaptándose creativamente a nuevos contextos. Esta flexibilidad es signo de la vitalidad de estas manifestaciones culturales.

En última instancia, estas tradiciones les pertenecen a las comunidades, son ellas quienes deben guiar su evolución y asimilar en ellas los nuevos tiempos, sin abandonar sus raíces. El reto está en reconectar a las nuevas generaciones con el profundo significado que encierran los cantos, los bailes y los rituales que sus ancestros atesoran por siglos, y que pueden seguir orientando el futuro, si se logran reinterpretar para el presente.

Foto: Archivo Comité 2 de Mayo.



Conclusiones

Las prácticas fúnebres en Bojayá, al igual que muchas otras expresiones culturales de comunidades afrocolombianas, han sufrido un fuerte impacto debido a la violencia sociopolítica. El conflicto armado, el desplazamiento forzado, el empobrecimiento y otros problemas han perturbado las dinámicas comunitarias, que son vitales para mantener vivas estas tradiciones. La prohibición por parte de los actores armados de llevar a cabo rituales en casos donde ellos mismos han sido responsables de asesinatos, el éxodo masivo hacia los centros urbanos, las tensiones internas en las comunidades, la diáspora de familias enteras, la pérdida de lazos sociales y la lucha por la supervivencia en medio del abandono estatal representan un golpe casi fatal para los rituales colectivos, como los funerales.

La incapacidad de despedir adecuadamente a aquellos que permanecen desaparecidos, muchos de los cuales se presume fueron arrojados a los ríos, también complica la situación. Sin un cuerpo para realizar los rituales, estos eventos son difíciles de procesar dentro de los códigos culturales. Además, aquellos que fallecen en condición de desplazamiento y no pueden regresar a sus territorios sagrados para ser enterrados allí enfrentan el desafío de ser exhumados después de cuatro años debido a la limitada disponibilidad de espacio en los cementerios urbanos. Este hecho es difícil de aceptar, ya que en la cultura afrocolombiana se considera que el entierro es definitivo.

La pérdida de conocimientos tradicionales debido al fallecimiento de ancianos que eran guardianes de la tradición oral, y que no lograron transmitir estos conocimientos a las nuevas generaciones, es otra consecuencia



Foto: Archivo Comité 2 de Mayo.



lamentable. Asimismo, la influencia de patrones culturales urbanos externos y la estigmatización de las prácticas afrocolombianas por parte de recién llegados han contribuido al debilitamiento de estas ceremonias esenciales.

A pesar de estos desafíos, es alentador ver que organizaciones como el Comité por los Derechos de las Víctimas de Bojayá y asociaciones de mujeres cantaoras están llevando a cabo esfuerzos para recuperar y revitalizar estas tradiciones culturales. Buscan que las nuevas generaciones retomen y perpetúen estas prácticas que han sido fundamentales para la cohesión social y espiritual de las comunidades afrochocoanas durante siglos. La conservación de estas tradiciones implica continuar cultivando la solidaridad y mantener viva la memoria en medio de un contexto adverso que amenaza con erosionar la riqueza multicultural del país.

En el San Juan, el Baudó o el Atrato, el rezo de ánimas y el canto de alabaos resuenan para guiar a quien ha partido. Para reafirmar que la muerte no es el final, sino el tránsito a la morada eterna junto a los ancestros fundadores de estas prácticas, los cuales alcanzaron un espíritu absoluto y son la raíz de la comunidad aun después de su partida. Por ello, se debe preparar el camino con rosarios, velas y cantos rituales encomendados por la tradición para salvar estas almas de una condena eterna y se encuentren con los sagrados espíritus en la morada del señor.

El Chocó nos enseña que morir es seguir viviendo en la memoria colectiva, en la palabra evocada una y otra vez. Que no hay muerte completa mientras haya un arrullo, un alabao o un rezo recordando tu nombre. Por eso, la lucha actual es mantener viva la tradición oral que honra y perpetúa el recuerdo de los antepasados.



MiCaSa es un banco de pensamiento en el que se sientan a meditar los sabios chamanes.
MiCaSa es un oso hormiguero glotón. MiCaSa es un atril para leer cualquier libro.
MiCaSa es tu casa y la suya y la nuestra. MiCaSa es el lugar
en donde caben las historias, relatos y memorias de todo un país.
MiCaSa es el sello editorial del **Ministerio** de las **Culturas**, las **Artes** y los **Saberes**.

Rituales fúnebres de Bojayá: honrando la memoria de nuestros muertos
se terminó en mayo de 2025 y hace parte de la apuesta del Gobierno del Cambio
por la protección del patrimonio artístico y los saberes de Colombia.

Para su elaboración se usaron tipos Source Serif 4 18pt y GT Walsheim Pro.

La publicación de este libro se da en el marco del cumplimiento de la ley 2087 de 2021.
Con esta Ley, la Nación honra y exalta la memoria de las víctimas de la masacre de Bojayá
y declara el 2 de mayo como Día Conmemorativo de las Víctimas de Bojayá.
Esto se alinea con lo dispuesto en la Ley 1448 de 2011, en el plan de reparación colectiva de la
comunidad afro de Bellavista, en tanto que promueve el reconocimiento de las víctimas a través de
la materialización de sus derechos a la verdad, la justicia, la reparación integral y la no repetición.
Así mismo, se presenta como un mecanismo para la elaboración del duelo y el trámite frente al
daño cultural causado por el conflicto armado, buscando salvaguardar las prácticas culturales
asociadas a los rituales fúnebres de Bojayá.

La impresión de esta publicación fue realizada por la Imprenta Nacional de Colombia, utilizando tintas formuladas a base
de aceite de soya, una elección que minimiza el impacto negativo en el medio ambiente. Además, se emplearon planchas
ECO3 como un alternativa más ecológica en la impresión *offset*, destacando su capacidad para reducir el consumo de
agua y productos químicos durante el proceso, así como promover la durabilidad y reutilización. Esta filosofía de la
Imprenta Nacional representa un compromiso sólido con la sostenibilidad en la impresión en Colombia, contribuyendo
significativamente a la preservación del medio ambiente.



www.imprenta.gov.co
PBX (0571) 457 80 00
Carrera 66 No. 24-09
Bogotá, D. C., Colombia



